





Ponciano Rumián Lemuy

**LAS VIVENCIAS DEL TATA MAÑUKO  
Y LA MAMITA FLORA**

Rumián, Ponciano  
Las vivencias del Tata Mañuko y la Mamita Flora / Ponciano Rumián.  
1º edición — Osorno, 2020. 120 p.; 24 x 17 cm  
ISBN: 978-956-402-334-2  
RPI: 2020-A-7533  
1. Historia familiar 2. Oralitura 3. Cotidianidad y experiencia  
4. Cumileufu, comuna de San Juan de la Costa. Siglo xx

Las vivencias del Tata Mañuko y la Mamita Flora  
© Ponciano Rumián  
Primera edición, 2020  
Ilustración de cubierta: Kiyen Clavería Aguas  
Ilustraciones interiores: Kiyen Clavería Aguas  
Editora: Carolina Carillanca Carillanca  
Diseño y maquetación: Alexis Hernández Escobar  
Impresión: Andros Ltda.

Esta obra ha sido editada con ayuda de la  
Corporación Nacional de Desarrollo Indígena.  
Impreso en Santiago de Chile

Ponciano Rumián Lemuy

**LAS VIVENCIAS DEL TATA MAÑUKO  
Y LA MAMITA FLORA**



## Índice

Presentación .....	7
Introducción.....	11
El Tata Mañuko y la llegada a Cumileufu .....	13
El Corral Viejo .....	21
La cosecha con malacate .....	29
El Juanchi y la vuelta de mano .....	39
El Tata Mañuko y su viaje al pueblo .....	45
El robo de la yunta de bueyes (Parte 1) .....	67
El robo de la yunta de bueyes (Parte 2) .....	79
La cosecha de papas en Lafquenmapu.....	85
El Tata Mañuko y su última cosecha de trigo con trilladora .....	97
La Mamita Flora y su universo.....	107

## PRESENTACIÓN

*Pu peñi, pu lamuen*, este trabajo está orientado a difundir, promover y poner en valor el conocimiento colectivo ancestral de la sociedad mapuche williche local, conservado en la memoria de los *fucha* y *chemche kemongen*; personas mayores de edad que con sus vivencias y quehaceres cotidianos han logrado conservar y mantener en pie el espíritu comunitario y de solidaridad, como prácticas y como normas de vida de la familia, la comunidad y por ende del pueblo mapunche, elemento esencial del contenido de este libro.

Como mapuche williche —gente del gran territorio del sur—, somos descendientes de los primeros pobladores de estos apartados rincones de este continente americano. En este territorio tenemos una historia común, una personalidad e idiosincrasia propia, una concepción cósmica de la vida como herederos de una cultura milenaria. Lo que nos hace entender que hombre y naturaleza somos materia organizada, desde lo más simple hasta lo más complejo, desarrollando movimientos y cambios constantes, en lo interno y en lo externo de los elementos, todo en gran orden y armonía, y esta característica universal es la que rige nuestros conocimientos, nuestra concepción de mundo y todo el espíritu de nuestra cultura.

Es así que para el mapunche la humanidad es parte integrante de la naturaleza, una prolongación semejante del universo, que participando de las mismas leyes debe organizarse, igualmente en forma colectiva y comunitaria, como el universo mismo y, desde esta concepción ori-

ginaria somos naturaleza, humanidad y sociedad, somos una misma cosa y no partes excluyentes ni enemigos entre sí.

A partir de este razonamiento, es que los procesos milenarios de la existencia y vida de los pueblos originarios, que aún sobreviven en esta Ñuke Mapu (Madre Tierra), en particular nuestro pueblo mapuche williche, se ha ido construyendo nuestra historia, que constituye la narración fiel de los hechos más importantes acaecidos sobre la tierra, y que han sido protagonizados tanto por la sociedad humana, como por la propia naturaleza.

El marco de referencia de la historia como tal, está compuesta de un pasado, un presente y un futuro. Esto nos indica que los pueblos son lo que son, por lo que fueron ayer y serán mañana por lo que son hoy. Esto implica que si estudiamos nuestra verdadera historia, es para comprender el presente que nos toca vivir y enfrentar. Ese grado de comprensión es el que nos proyecta hacia el futuro, desarrollando un nuevo sentido histórico que, a su vez, nos permite reconocer las nuevas tendencias y su dirección, permitiéndole a los pueblos planificar hacia adelante para superar en lo posible el presente y elevar la condición humana hacia formas de vida más dignas y alejadas de las catástrofes sociales y naturales, presentes en todas las etapas de nuestra historia.

Esperando que este trabajo sea un aporte que permita fortalecer el conocimiento tangible e intangible acumulado en la memoria de los *kuiñ-kimun* (sabios antepasados), se constituye en sí el objetivo central de la elaboración de este texto en el cual se estipulan *Las vivencias del Tata Mañuko y la Mamita Flora*. El Tata Mañuko hizo su arribo a la localidad de Cumileufu, junto a sus padres y demás hermanos aproximadamente en el 1920 del siglo pasado. Proveniente del Fundo Curaco, en las cercanías de Osorno, de propiedad del terrateniente Lupercio Martínez, donde cumplían funciones laborales como peones de fundo.

Movidos por el espíritu libertario como mapunche, se desligan del sistema de subyugación y se lanzan a un nuevo desafío para dar paso al desarrollo de una forma distinta, de acuerdo a su manera de ser, de

ver, sentir y entender el ambiente natural en el que se hallaban insertos y cómo relacionarse con la naturaleza; elementos que constituyen la base fundamental de las vivencias del Tata Mañuko, las que durante el transcurso de su vida junto a su *kumpañ* y a su grupo familiar logró cimentar y compartir con otros grupos de familias de la comunidad.

Fentenai pu peñi, pu lamuen.

JOSÉ ARTURO CAMIAO CUMILEF  
Apo Úlmen territorio Kunko  
Cacicado Jurisdicción Misión San Juan de la Costa



## INTRODUCCIÓN

*Las vivencias del Tata Mañuko y la Mamita Flora*, es un relato a través de una sencilla mirada al recuerdo de los abuelos, así también de los abuelos de nuestros abuelos, en una etapa de la vida entre la niñez y la adolescencia, en la localidad de Cumileufu, San Juan de la Costa, quizás como cualquier otra localidad rural de la Fütawillimapu. Nuestros abuelos con sus menesteres, sus aspiraciones, sus labores cotidianas, sus preocupaciones, sus penas y alegrías. Entre los cambios sociales, culturales, políticos y económicos que se iban dando en el mundo de aquel entonces, pero que de igual manera trascendió en ese apacible terruño precordillerano de San Juan de la Costa.

El Tata Mañuko, era un hombre mapunche de baja estatura, pero de respetable figura sencilla, de apacible andar, vestido de igual manera a lo mapunche, con su pantalón de carro (tejido a telar) de color pitio, su poncho color café con aroma a humo de coigüe y ulmo, y con sus eternas ojotas atadas firmemente a sus pies, tobillo y media canilla. La Mamita Flora, también de carismática figura y de nobles expresiones, siempre descalza y vestida con sus atuendos legados de su tradición de color negro, de blusa y delantal floreado y de pañuelo de colores con el cual sujetada sus largas trenzas alrededor de su cabeza. Y con el privilegio de una memoria que contenía una interminable biblioteca de vivencias, relatos y cuentos interminables para las largas noches de invierno a la orilla del fogón.

Este es un relato que está centrado en un período de tiempo que abarca aproximadamente desde de principio de 1900 hasta 1980, donde nuestros abuelos fueron protagonistas y testigos de una realidad donde

las condiciones sociales, económicas y culturales parecían detenidas en el tiempo, por la lejanía del centro urbano de aquellos tiempos, en un aislamiento casi total, en una época de fuerte discriminación y olvido, donde no existían caminos ni puentes, solo que habían huellas por donde se transitaba a la velocidad del tranco de los bueyes y la carreta, a caballo o a pie.

La memoria de alguna manera hace referencia de la llegada de un grupo de familias mapunche williche, así como muchas otras, que venían de otras localidades del Osorno de ayer, buscando algún nicho para establecerse en algún rincón, a consecuencias del proceso que ocurría en los oscuros períodos por el avance del latifundio en los llanos de Osorno y sus alrededores, y que los conminaba finalmente a establecerse en las cercanías a la falda oriente de la cordillera de la costa, en empinadas lomas y quebradas, entre frondosos bosques de coigües, ulmos y robles, pero de cristalinos y abundantes esteros y vertientes.

Este relato es una fotografía en el tiempo de los principales hitos de vida recogidos por el nieto mayor. Es una biografía de un hombre y de una mujer que construyeron un universo en torno a su *sruka*, la madre tierra, el bosque, con sus siembras, su familia y sus vínculos con sus demás hermanos y vecinos. Con la idea de rememorar aquellos momentos de vida también de muchos de nuestros abuelos, nuestros antepasados que fueron parte de la historia nuestra, en las comunidades williche y que cimentaron el sendero de nuestras vidas, nuestra cosmovisión y nuestra identidad.

## El Tata Mañuko y la llegada a Cumileufu





**E**l Tata Mañuko era el mayor de seis hermanos, cuatro hombres y dos mujeres. Llegaron a vivir al apartado y casi impenetrable sector de Cumileufu y el Huitrapulli, por ahí por el 1920, cerca del llamado sector de “Corral Viejo”, lugar de frondosos bosques de coigües, pellines (robles) ulmos, lingues y murtales. A roza de hacha y murrera fueron abriéndose camino en espacios boscosos para la construcción de sus viviendas y realizar las primeras siembras.

Los hermanos Lemuy Calfuy junto a su Padre Francisco Lemuy y su Madre Patricia Calfuy, comenzaron a construir sus vidas en estos parajes de lomas, quebradas y vegas. Las vegas eran unos humedales extremos, donde también fueron haciendo canales para secarlos y luego utilizarlos como terreno productivo para las siembras de primavera verano. El bisabuelo Francisco Lemuy, venía desde el sur, de por ahí por Riachuelo y la bisabuela Patricia Calfuy, era originaria de Hierbas Buenas.

Construyeron sus *sruka*, con entablados de rebellín<sup>1</sup> y techo de chupón<sup>2</sup>. Comenzaron con la siembra de trigo y papas, como algunas hortalizas y frutales. Más sus plantaciones de manzanos, cerezos, peros y ciruelos fueron llenando los espacios. Construyeron galpones y bode-

---

1.— Rebellín: maderas construidas a hacha, como especie de tablonces que se utilizaba para cerco y como tinglado de casa.

2.— Chupón: llamado también quisal (*Greigia sphacelata*), es una especie de la familia de las bromeliáceas.

gas, las primeras a pura hacha y *maichiwe*<sup>3</sup>, luego con la llegada de los aserraderos fue más fácil la construcción de casas, galpones y corrales.

Pero lo que le dio más producción fue la crianza de animales vacunos, ovejas, chivos y cerdos logrando un abastecimiento de carne durante todo el año. Había mucho talaje. Fueron años de gran sacrificio, pero también recompensados con lo que daba la madre naturaleza.

Antes de estos episodios, ellos fueron obreros del latifundista Lupercio Martínez, quien era dueño de gran parte de los terrenos de Curaco cerca de Osorno, a principio de 1900 y que colindaba con el sector de Forrahue<sup>4</sup>. Francisco Lemuy y sus hijos deciden irse del fundo para poder hacer una vida propia. Habían juntado dinero y algunos animales que le había dejado criar el patrón. Con ello se aventuraron para llegar al sector de Cumileufu y asentarse en un retazo de terreno que sería propio.

Luego cada hermano casado con sus hijos fueron distribuyendo la tierra, donde darían vida propia a sus proyectos y sus familias. El Tata Mañuko y la Abuela Flora (La Mamita), tuvieron su primera *sruka* en una loma. Luego en el reparto que hicieron, se trasladaron a un bajo, donde se quedaron hasta sus últimos días.

Ahí construyeron su espacio de subsistencia con su forma de ser, sus costumbres y normas de vida. Su *sruka* principal, estaba hecha con tingle de tablas y el techo continuaba siendo de chupón. Al lado construyeron una casa de piso, techo de tejuela y con un soberado. Esta era más bien para guardar el trigo y otras sementeras, como también una cama para cuando llegase una visita. El soberado, era también para diversas cosas, hasta para guardar manzanas y otros elementos que nunca utilizaban.

---

3.— Herramienta rudimentaria tipo azuela pequeña para agujerear la madera, de manera especial para elaborar artesas y los kultrun.

4.— Forrahue, lugar de la sangrienta matanza de 1912 por orden dictada a favor del particular Atanasio Burgos.

El centro de la vida estaba en la *sruka* de chupón, alrededor del fogón, donde se cocinaba, se comía, se recibían a las visitas, y se dormía. El fogón era un elemento que nunca debía apagarse, siempre estaba encendido, aunque se saliera de la casa por unos días, se dejaba el fuego enterrado y cuando se regresaba ahí estaba el fuego vivo.

Aquí se construyó la vida de los nietos y nietas: de la Oca, la Nela, la Tea y Ponchito, hasta alcanzó el Beñita, y también de la Chabela, el Conra y la Rut, al calor del fogón, con el sabor del caldo de papas y carne de gallina, con los interminables relatos de la Abuela Flora, con las ocurrencias del Tío Fermín y la paciencia del Tío Miguel.

El Tata Mañuko era una persona de baja estatura, con una fuerza increíble para mover troncos y trasladar sacos de papas y trigo. Vestía siempre con un pantalón de lana, tejido a telar, que lo llamaban “pantalón de carro”, su poncho de lana color café con ese particular olor a humo, sin diseño, y su singular calzado que eran sus ojotas de cuero de vacuno, muy bien moldeadas, con ellas salía a trabajar a la chacra y también para ir a la ciudad. Aunque sus hermanos usaban zapatos, él jamás cambió su calzado natural que solo se sacaba para dormir.

Uno de los tantos saberes que atesoraba el Tata Mañuko, era cuando carneaba un chanco, él sabía detectar si el cerdo estaba sano o tenía alguna enfermedad, como la triquina, por ejemplo. En más de alguna oportunidad quedamos solo con las ganas de comer carne, con el chanco sacrificado, él decía que tenía triquina y no se podía comer, y había que enterrarlo muy profundo en la tierra o quemarlo. Hasta ahora me pregunto cómo sabía detectar aquello, porque actualmente solo lo puede hacer un veterinario.

Fue una época floreciente de una diversidad de trabajos y actividades. El Tío Miguel con sus doscientos cajones de abejas, más sus ovejas y chivos. La Abuela Flora, con sus huertos colmados de verduras y flores, sus huertos de cerezos, grosellas y guindos. El Tío Fermín con sus más diversas variedades de manzanas de toda clase, que multiplicaba

a través de patillas e injertos. Tenía manzanas para la chicha, manzana de guarda, manzanas para la venta y manzanas para regalar.

El Tata Mañuko, con sus siembras de trigo, arvejas, avena y papas, sus bueyes y crianza de vacunos y chanchos, más las chacras de porotos, maíz y coles que hacían con la Abuela Flora, en distintos espacios que eran escogidos para estos menesteres. Era la chacra, la vega, la loma, muchas siembras, había suficiente en la casa del Tata Mañuko. Por eso llegaban muchas personas a su *sruka* ya sea para comprar algo: papas, trigo, para realizar algún *chauki*<sup>5</sup>, también podía ser prestado que se devolvía después, o simplemente a pedir y ellos se lo daban. Un almud de papas, un almud de trigo era un obsequio para aquellas personas que no tenían en tiempo de *weshante*<sup>6</sup>, que eran los meses de julio a noviembre principalmente, cuatro meses muy complejos para quienes tenían poca producción. Las familias que no tenían muchos medios (bueyes, herramientas) no era mucho lo que sembraban, por tanto, sus cosechas llegaban hasta el mes de julio aproximadamente. Luego se acababan, hasta noviembre más o menos, cuando comenzaban a producir de nuevo las siembras de arvejas y otros productos de la chacra.

El abuelo Carmen, hermano del Tata Mañuko, era el que tenía menos recursos de todos los hermanos. No tenía bueyes, no tenía herramientas. Una persona con una simpatía tremenda. Era un hombre acogedor, aunque en su humilde casa no tuviera más que mate, eso lo compartía cuando le llegaba una visita, o “una chichita para la sed”, solía decir cuando uno llega con calor. Él era muy trabajador, con un solo azadón tenía unas chacras tan abundantes de hortalizas, que le alcanzaba hasta para regalar a sus vecinos más pudientes.

La junta de los primos Lemuy era una conjunción de amistades y rencillas propias de la vida que se hacía desde la misma pampa, separado

---

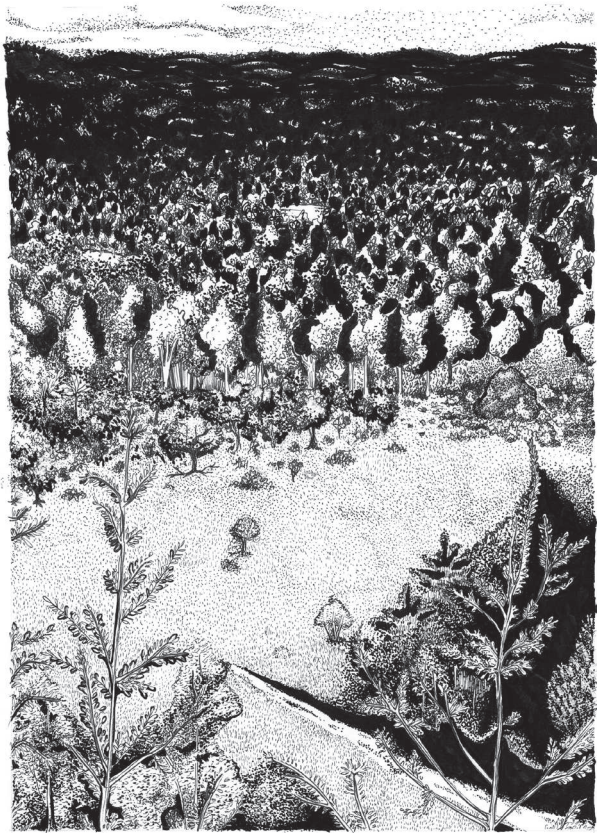
5.— Chauki: intercambio de productos o bienes.

6.— Weshante: un concepto que se define como tiempos malos, escasez de alimentos. Fundamentalmente que se producía entre los meses de agosto hasta noviembre.

por el cerco de tranqueros o de la quebrada, o alrededor de la pipa de chicha. Podían estar muy enojados entre ellos, pero si algún primo era atacado por extraños, salían todos a su defensa. Pero el tiempo los fue separando, unos se fueron a la ciudad, otros a la cordillera. Se fueron para quizá nunca volver, pero nunca se puede decir nunca. La soledad se fue apoderando de a poco de aquellos rincones nostálgicos de juguetes de niños, de muchachadas, de carreras en triciclos de maderas desde los cerros hacia abajo, quedando inclusive algunos magullados, pero después de los lamentos y el llanto, venía la risa. Fueron rincones que dejaron de crear energías, vivencias y amistades.



## El Corral Viejo





**E**ra un lugar que emanaba cierto misterio al pasar por ahí, entre matas de chupones, murras, quilas, arrayanes y *michay*, y pequeños bosquetes de coigües, laureles y canelos. Un estero de cristalinas aguas que lo llaman “*Lin leufu*”, que separaba esa planicie conocida como el “Corral Viejo” con la ladera oriental de la cordillera de la costa, existiendo un par de *kui-kui* en algunos tramos para poder pasar al otro lado. El “Corral Viejo” es un llano de unas 10 hectáreas aproximadamente, rodeado de cerros por todos lados, con una entrada principal por el lado sureste y también una por el norte, más las pequeñas entradas y pasadizos ocultos que tienen los lugareños por todos lados.

Todo eso como un territorio de nadie, las familias vecinas iban y venían por esos senderos sin que nadie cerrará el paso. Todo el trajín principal se sucedía entre los meses de febrero a mayo, fundamentalmente, el tiempo de recolección de los frutos de la tierra, como la murta, los *loyos*, *chandri* o avellanas.

Los foráneos que llegaron por ahí a finales de 1800 y principio de 1900, le pusieron “el Corral”, porque esta planicie reunía las condiciones para guarecer a las manadas de vacunos que criaban por esos lares en aquella época. Eran cientos de vacunos que criaban entre matorrales y bosques, y que luego vendían a los mataderos de Osorno.

Así como en muchos otros territorios mapunche llegaron afuerinos que compraron un retazo de terreno y que luego se fueron apropiando a través de mil argucias hasta quedar con mayores extensiones de tierra. En Cumileufu no fue diferente la historia. Así también varias familias williche, fueron llegando de otros sectores, debido al despojamiento que sufrían por parte de los latifundistas que se iban apropiando de

las tierras williche en el valle central, obligando a muchas familias a refugiarse en sectores precordilleranos costeros. Así se conforma el sector poblado conocido con el tiempo como Cumileufu, debido al nombre del riachuelo que baja de la cordillera nororiente y que después se convierte en el estero Pucopío y que desemboca en la Laguna Trinidad. Este sector de Cumileufu limita por el norte y noreste con Loncopitrio, por el poniente con la cordillera de la Costa y el riachuelo que lleva su nombre por el sur con el sector de Huitrapulli.

Luego este llano pasó a llamarse “Corral Viejo”, porque ya no juntaban los animales en este predio y cada residente tenía sus propios cierros o corrales. Sin embargo, el lugar fue tránsito obligado para las familias del sector, no exento de misterios y sucesos extraordinarios, con las cuales se envolvía este escenario natural del “Corral Viejo”. Es aquí donde tiene su casa el *Srenewinka*<sup>7</sup>, que consiste en un montículo de piedra en forma de cono que tiene una altura de 2,5 metros y al caminar por los lados tiembla, como si estuviera hueco debajo, porque retumban los pasos de las personas.

La Abuela Flora, cuenta que una vez dos *küsowjo*<sup>8</sup> venían de hacer tejuelas de la cordillera, casi oscureciendo. Venían con sus hachas al hombro el Chemo y el Bauchi. Ya a esas alturas de la tarde muy cansados y con hambre, caminaban casi en silencio, solo se escuchaba el rozar de sus pasos en el suelo húmedo de otoño, cuando escucharon que alguien estaba “hachiando”<sup>9</sup>. Uno de ellos a pesar del cansancio dice:

—¿Quién será el que está trabajando a esta hora? —Dijo el Bauchi.

—No sé quién podrá ser...

Responde el Chemo, y siguen su camino.

Sin embargo, la curiosidad del Bauchi fue más fuerte por lo que se fue hacia dónde venían los hachazos y se perdió entre los matorrales.

---

7.— *Srenewinka*: personaje mítico que persuade a las mujeres jóvenes para tener hijos con ellas.

8.— *Küsowjo*: en el idioma che sugun es trabajador.

9.— Hachiando: es la deformación de hachear, trabajar con el hacha.

Y luego ya no se escuchó más los golpes de hacha. Pasaron las horas, el Chemo esperaba en cada paso y le gritaba:

—¡Eeehuuuuuuuu!

Pero no había respuesta del Bauchi. Solo el eco respondía en aquella oscuridad, porque ya había caído la noche y el compañero no aparecía. El Chemo se aburrió de esperar y siguió su camino. Ya cuando al llegar al camino principal, alcanzó el perdido jadeante, pero no dijo ni una palabra, solo que parecía como muy asustado y pálido como si alguien lo hubiera perseguido. Se despidieron y cada uno se fue para su casa.

Al otro día de madrugada el Chemo, pasó a buscar a su compañero a su *sruka* donde vivía solo, para ir de nuevo a la cordillera, pero este no respondió, así que se fue solo. Pensó: “A lo mejor se fue adelante. Ahí lo alcanzó”.

Y continuó su camino, pero su compañero no apareció por ningún lado. Llegó al lugar del trabajo y nada. De regreso ya en la tarde como que le entró una preocupación, así que pasó a la casa de su compañero, tocó en la puerta y nada, solo el perrito ladraba y ladraba como aullando. Así que pensó y se dijo así mismo:

—Este hombre puede estar enfermo.

Miró por las rendijas y no había fuego. Trató de abrir la puerta y estaba trancada por dentro, eso más le preocupó. Empujó fuerte hasta que quebró la tranquilla que tenía. Ahí fue donde se encontró con lo que le preocupaba. El Bauchi estaba tieso. ¡Había muerto! Estaba helado, seguramente habría muerto en la noche porque el fuego estaba apagado. No había ni una brasa.

—Eso es lo que cuentan...

Dice la Abuela Flora, mientras caminamos por los senderitos de Corral Viejo, de regreso a casa con nuestra cosecha de murtas. De todos lados aparecen mujeres, niños y ancianos con sus *chaiwe*<sup>10</sup> y otros canastos en los brazos rebosantes de la colorida y aromática fruta de

---

10.— Chaiwe: cesto tejido en quila en forma tubular para unos 5 a 6 kilos, que se colocaba a la espalda como una especie de mochila.

los bosques costeños, la murta. Los murteros,<sup>11</sup> eran de todos lados de Huitrapulli, Lafquenmapu, Purrahue.

—Hasta de Pichilcura, andaban unas *chiñuras*<sup>12</sup> murtiando.

Dice la abuela Flora.

Todos los murteros casi andan en grupo. Son familias completas. Muy pocos son los que andan solos. En grupo se anda acompañado en la cordillera, se hace más fácil la cosecha, y se hace más ameno el regreso, ayudándose con los canastos que tienen su peso. Todos hacen su aporte, hasta los niños tienen que recoger murtas para luego ser vendidas en el pueblo.

El Corral Viejo, sigue atrayendo las miradas y las sospechas, de que algo oculta. De algo que está más allá de la visión humana, las cosas que le han ocurrido a muchas personas, fundamentalmente a mujeres jóvenes que han sido raptadas por el *Srenewinka* y que después han tenido o han dado a luz niños de piel blanca y cabellos claros. Esos nacen “*musbo*”<sup>13</sup>, cuentan los antiguos.

La Abuela Flora cuenta que ahí debajo del Corral Viejo hay una ciudad de oro. Dice que una vez un hombre andaba buscando sus animales y se perdió entre los matorrales y solo atinó a llegar a un laurel grande que había ahí, en medio de una pampita. Y el tronco del árbol era tan grande como un portón. Aún temeroso se acercó y vio que se abrió una puerta y apareció un camino por el cual comenzó a caminar. Era un lugar desconocido y pronto aparecieron casas y calles brillantes como el oro, gente que caminaba muy bien vestida y carrozas doradas tiradas por caballos blancos, pero no se escuchaba ruido alguno del gran trájín. Era una ciudad de oro. Como que de pronto se sintió algo asustado porque nadie lo miraba, como si él no existiera, hasta que llegó a una casa grande la más bonita y adornada en oro. Ahí estaba un hombre fornido y bien vestido, de pelo rubio, barbas blancas, ojos

---

11.— Murteros: buscadores de murta.

12.— Chiñura: concepto mapuchizado de señora.

13.— Musho: persona albina.

azules, con un sobretodo negro pero que brillaba como la plata y que daba instrucciones a un grupo de personas. Se acercó para preguntarle cómo podía salir de ahí, encontrar sus animales y volver a su casa. El hombre lo miró, se rió y sacó de entre sus ropas una llave de oro que le relumbra en los ojos. Quedó encandilado sin ver nada a su alrededor, hasta que de repente se encontró nuevamente en la pampita y no había nada más que los matorrales, y como era ya de noche solo la luna alumbraba. Así que rápidamente regresó a su casa y no le contó a nadie lo que le había sucedido ese día, hasta muchos años después.

Claro, al pasar por esos senderos, como que de repente se pone la piel de gallina y corre un sudor frío por la espalda, más cuando uno es niño, la imaginación es más creativa y pareciera ver esas expresiones en cada rincón del camino, de cada árbol que se mece con el viento. Y la abuela Flora continúa con sus relatos, y la vamos siguiendo hipnotizados, formando parte de esas aventuras, de imaginarios paisajes vivientes y de misteriosos personajes.

Cuenta que una joven mujer, soltera, tenía varios hijos y estos no eran como los otros niños del sector; tenían pelo rubio o blanco, los ojos claros, eran más altos que los demás. Los vecinos los trataban con cierto recelo porque decían que eran hijos del *Srenewinka*. La mujer tuvo varios más, pero se murieron al nacer porque no había que mirarlos cuando eran guaguas. Los criaba escondidos hasta que ya caminaban solos. Ahí ya no les pasaba nada. Después cuando grande eran como todos los demás, bueno para trabajar, eso sí, tenían problemas cuando había mucho sol, no podían ver bien.

Por eso no se permitía que las niñas solteras anduvieran solas por el monte o matorrales, porque si no era el *Srenewinka* el que se aprovechaba de ellas, o era el *Trauko*, que también acechaba a las mujeres solteras y bonitas. Y no solo las solteras, también las casadas cuando salen solas y se pierden en el monte. Por eso tenían que andar o salir con un “*shiwen*”<sup>14</sup>. Eso dicen.

---

14.— Shiwen: eran niños acompañantes de las mujeres jóvenes principalmente, cuando salían de casa a otro lugar.



## La cosecha con malacate





**E**ra una de esas cosechas de trigo que se esperaban con ansias. Todo el mundo decía cuándo cosechará Don Mañuko. Todos tenían cosecha por esos lugares, pero a los demás les encantaba ir a la cosecha del Tata Mañuko. Igual iban donde don Chayo, pero decían que era muy mandón. Pocos iban donde don Chame, porque era muy arrica'ó, ahí los indios pobres están mal mira'ó, se decía. Tampoco donde Chauki, porque daba poca comida y mezquino con la chicha.

Llegó el día de la cosecha. El traslado de las máquinas era toda una fiesta. A los lejos se podía apreciar una larga caravana de carretas con todos los artilugios para la cosecha. No sé cuál era primero o el principal, pero daba mucha curiosidad y me gustaba mucho ver cómo funcionaba el malacate; siempre tenía la interrogante de cómo podían haber hecho un invento así, que consistía en un tremendo armatoste de fierro, como una rueda con dientes, con unos piñones y luego unas barras largas que se unían unas con otras y hacían girar una polea grande que estaba a una cierta distancia.

El malacate era una rueda grande de fierro que los lugareños la fijaban a un eje de carreta, en forma permanente tanto para su traslado como para su funcionamiento. Para eso se enterraba en el suelo, lo que correspondía a la parte que llamaban carretilla, que era un par de ruedas de madera con un eje de fierro, con un asiento donde se estabiliza el malacate y un par de pértigos de madera para el arrastre con los bueyes.

Al malacate, para hacerlo funcionar, se le adosaban dos pértigos de madera, como una especie de manivelas para que dos yuntas de bueyes lo hicieran girar. Del centro de esta rueda dentada, sobresalía un piñón

el cual se conecta a unas barras de hierro, de unos tres metros cada una. Eran bielas que unidas a través de crucetas se conectaba a la polea grande conocida como “la volante”, que medía unos dos metros cincuenta de circunferencia, que se montaba sobre un armado de madera, anclado al suelo con unos ganchos también de madera, obviamente todo muy bien nivelado y que hacía girar todo el mecanismo.

A unos diez metros de la volante, se instalaba de igual manera, anclada al suelo, “la desgranadora”. Este era un armazón con un cincuenta por ciento de hierro y latón y el resto de madera. La desgranadora, principalmente estaba compuesta por el cilindro, que consistía en un tambor cilíndrico dentado, como de unos 80 centímetros de largo y por unos 40 cm de circunferencia, y con una boca por donde se introducía las gavillas de trigo. Sobre el cilindro de la desgranadora había una tapa también dentada, que se regulaba, y que permitía el proceso de desgranar cualquier cereal, pero antes, en la boca de la desgranadora se instalaba un mesón guía por donde se deslizaban las gavillas de trigo.

La tercera máquina, era la “aventadora”, otro armatoste de madera, con una serie de mecanismos, engranajes, pequeñas bielas, una manivela y por supuesto unas aspas que servían para hacer el aventado de las semillas. Al interior de la aventadora era imprescindible la ubicación de unos tres harneros, que cumplían la función de separar el grano limpio de la plumilla y otras impurezas, como semillas de pasto y granos partidos. El grano limpio se recibía por una manga de madera que estaba adelante, por donde se iban relleno los sacos, por otra tobera salía el grano partido, otras impurezas, que le decían “trigo de pollo” y por la parte de atrás una boca grande salía expulsadas la plumilla y restos de paja molida.

Estaba todo listo y dispuesto para la trilla, los demás van y vienen, carreteros con sus pellejadas de trigo, “los tarieros” con sus “ichonas”<sup>15</sup>

---

15.— Ichona o echona, herramienta usada para el corte del trigo, compuesta por un palo y una pieza metálica afilada y curva, que se utiliza para segar.

sin descansar, los cincheros, con sus atados, y las mujeres cocinando en el rancho.

Así comenzó la instalación de las máquinas en la era, cada una en el lugar que disponía el dueño de las cosecheras, quien se daba unos aires de importancia de repente. Eran escasas y muy solicitadas. Los dueños de máquinas para la trilla, salían en el mes de febrero y volvían hasta marzo a sus casas, dos meses así, casi sin descansar. Estaban terminando una cosecha de un vecino y ya estaba el otro con sus bueyes y carretas para llevarse el conjunto de maquinarias. La aventadora, era la última que se sacaba, todo lo demás se llevaban primero. Estaba trabajando hasta terminar con los últimos granos de trigo limpio.

El malacate se instaló esta vez dentro del corral donde se encerraban las ovejas, no había otro espacio. El Tata Mañuko, obviamente limpió todo el guano. En paralelo en el galpón y el corral se instaló la volante, la desgranadora y más atrás la aventadora. Una vez instalados todos los implementos se colocaron dos pértigos adosados al malacate, que luego serán jalados por dos yuntas de bueyes, haciendo un círculo interminable, mientras se trilla.

Una vez todo en orden, el maquinista pide que dos personas hagan girar el malacate para ver si el volante y la polea de la desgranadora están niveladas. Las dos personas hacen girar el malacate, y la correa se cae. Va el maquinista con su nivel y revisa cada componente. Es la desgranadora que hay ajustar para que no se caiga la correa.

—¡Otra vez, den vuelta! —dice el maquinista.

Y la correa se mantiene en las poleas. Todo ha quedado listo y dispuesto para la trilla. La primera carreta es colocada retrocediendo hacia el mesón del cilindro y se levanta el pértigo hacia arriba, para que facilite la sustracción de las gavillas hacia la trilladora.

El mismo dueño y maquinista es el cilindrero, ya que tiene la pericia de infinidad de cosechas, y pide dos ayudantes, diciendo a todo grito:

¡Dos pasadores de gavilla que vengan pa'ca! ¡Y que sean los más rápidos!

Siempre uno desea ser ayudante del cilindrero, pero se entiende que hay otros más hábiles, porque si no te regañan y los demás se burlan si te sobrepasa la función. Las personas que separan la paja del trigo, ya están dispuestas, son dos por lado. También está el que amontona el trigo desgranado con una pala de madera. Más los dos bueyerizos, que casi siempre son niños adolescentes, que están dispuestos en cada yunta de bueyes para hacer girar el malacate en sentido contrario a las agujas del reloj.

Y luego se escucha el grito del cilindrero:

—¡Trilla, trilla!

Todos instalados en sus puestos. Los muchachos bueyerizos dan el grito a sus bueyes y comienza a girar el malacate, poniendo en movimiento todo el sistema conectado a través de bielas, poleas y de correas, y se escucha el particular zumbido de la desgranadora como la partida de un avión. Luego cambia el zumbido. Ahora es con las gavillas que van pasando por el cilindro. La desgranadora vibra con la acción de la trilla y se va levantando una nubecilla de polvo y plumilla molida que se va adhiriendo a la piel, en la ropa y la nariz, haciendo estornudar a los más sensibles.

Los separadores de la paja y el trigo, están sin tregua con sus horquetas de madera de luma. Van tirando hacia atrás haciendo para el muelle. Los pasadores de gavilla están como levitando en una danza entre la carreta y el mesón con sus gavillas, para que no le grite el cilindrero, pero es parte de la costumbre de gritar:

—¡Gavilla! ¡Gavilla!

Y de pronto también le grita a los bueyerizos:

—¡Los bueyes! ¡Los bueyes!

Se terminó con una carreta, a toda velocidad vienen los ayudantes a sacar la que está vacía y a colocar una llena, hasta terminar con las pellejadas estacionadas que con sus barandales altos parecen jaulas de circo.

Ahora viene el descanso, un jarro de chicha es repartido entre los cosecheros. Se desatan los bueyes del malacate porque hay que buscar más trigo al rastrojo y vuelve la caravana de carretas vacías para ser llenadas nuevamente.

Serán tres o cuatro días con esta misma función, pero nadie se siente cansado o aburrido, aunque a veces hay algún pequeño accidente, como el cegador que se cortó el dedo con la hechona y va tener que realizarse los primeros auxilios el mismo, colocando orín fresco en la herida. Luego en el rancho la Abuela Flora, quien lava la herida con agua cocida tibia con matico y enseguida le coloca una hoja de siete venas y le hace una venda con algún pedazo de género delgado y listo, de nuevo para el trabajo. La habilidad del segador no será la misma que con el dedo sano, pero igual se las ingenia para seguir haciendo su labor.

Los tarieros se esmeran en terminar pronto su trato y se genera el trabajo para los emparvadores que tienen que correr aunque el sol caiga con toda sus fuerzas sobre la espalda. Para compensar todo habrá una contundente y sabrosa cazuela de carne de oveja, acompañada con papas, arvejas nuevas u hojas de cole y fideos hechizos.

Transcurrido el día no hay más trilla, ni corta de trigo, llega la hora de la cena, pero si queda la función de la aventadura. Para ello ya la máquina aventadora está también asentada en un lugar estratégico que favorece el viento y se inicia la función del aventado. Hay un personaje que se ubica en el la boca de la máquina como cilindrero, arriba de un tronco y va regulando el paso del trigo. Un pasador con su *balay* trae el trigo que va echando en la tolva. El cilindrero con una de sus manos regula el paso del trigo con la otra va despejando los harneros que se atascan con plumilla y paja. Y “el mangueador” es el personaje que más trabaja aquí porque tiene que mover la manivela. Esta es la única máquina que es impulsada por la fuerza humana. Por tanto, el mangueador tiene que tener resistencia y mantener el ritmo porque

si no lo hace de inmediato el cilindrero le grita o sino tiene que ser reemplazado cuando ya está cansado.

El accionar de la aventadora tiene un particular sonido que se escucha a un par de kilómetros, como si fuera esa antigua locomotora a carbón y más todavía cuando se hace la actividad en la noche, el eco lleva a mucha distancia el traqueteo hasta que se pueda aventar todo el trigo trillado. Los otros personajes alrededor de la aventadora, son los ensacadores que van recogiendo el trigo en los sacos. En total son cinco a seis personas que cumplen la labor de aventar.

Al otro día muy temprano, después del desayuno con *asremtu* de pankutras y café de malta, van quedando las últimas carretas con sus pellejadas, pero en camino vienen todavía cuatro más. Se escucha a los bueyerizos azuzando a sus bueyes y de pronto unos fuertes gritos:

—¡Shooo! ¡shooo!

—¿Qué habría pasa’o? — dice alguien por ahí.

Pronto asoman solo tres carretas y uno grita de la altura:

—¡Traigan otra carreta desocupá! ¡Que se quebró el eje y los que están desocupa’o vengan ayudar a recoger las gavillas, antes de que lleguen los chanchos!

Claro. Se había quebrado el eje de una de las carretas. Además los bueyes se habían asustado, eran medios chucaros, así que arrastraron la carreta varios metros y la tumbaron en una zanja, desparramando las gavillas también por varios metros. En tanto, el bueyerizo estaba medio magullado porque los bueyes le habían pasado a pegar con el yugo por las costillas, por eso no pudo dominar su yunta. Fue gracias a la intervención de los demás bueyerizos que no pasó a mayores el accidente cosechero.

Luego del accidente se concluyó con la trilla que quedaba. Ya eran como las cuatro o cinco de la tarde, por tanto el vecino Peyo estaba con sus carretas para llevarse la desgranadora y el malacate. Solo quedaría la aventadora porque estaba todo el trigo para limpiar. De inmediato nos pusimos a sacar los anclajes de madera que sujetaban

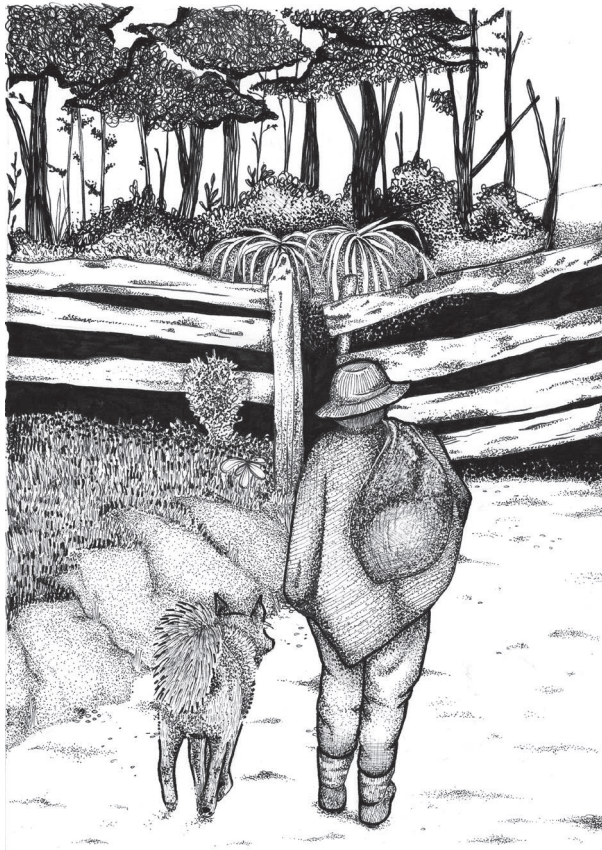
las máquinas. Otro grupo estaba sacando el malacate. Este había que desenterrarlo y luego con los bueyes se lograba desanclar totalmente.

Solo quedan las huellas de donde estuvieron las máquinas instaladas. Se preparó la cena, que fue bien contundente, más unos jarros de chicha, y quedaba la “aventadura”. Unas seis personas para hacer este trabajo que duraría como hasta las 3 de la mañana, según el cálculo del Tata Mañuko, puede ser antes si los mangueadores son buenos, dice finalmente.

Comienza la función nocturna de la aventadura, con el sonido muy particular de la máquina, y se van llenando los sacos. Se cambian los mangueadores y se continúa. A cada rato pasa el Tata Mañuko con su balde de chicha que va convidando. También si quieren con harina tostada. Los cosecheros se ponen alegres y van diciendo una serie de expresiones cotidianas, algunas sin sentido, que son para reírse y seguir riéndose a pesar del bochinche de la máquina, pero yo me cansé de manguear. Mis brazos adoloridos se caen solos y solo atino a ir al muelle de paja y me he quedado dormido profundamente hasta el otro día, sin saber lo que haya ocurrido esa noche.



## El Juanchi y la vuelta de mano





**E**ra una soleada mañana de un día de agosto en la década de los sesenta, cuando el *weshante* aparecía amenazante por las *sruka* de San Juan de la Costa, el Tata Mañuko después del desayuno que acompañó con un *asrentu* de pankutras y un pocillo de café de trigo con tortillas al rescoldo y con cierta parsimonia, como si hablara para él solo, dice:

—Voy a ir a dejarle un almud de trigo al Juanchi, ya que vino ayudar en la cosecha en febrero, ahora necesita ése, porque no siembra trigo.

Luego fue al granero, midió el almud, tomó el saco, lo puso al hombro y se indilgó hacia la casa del Juanchi, que está pasando al otro lado de la vega.

Era la costumbre entonces, donde la palabra, los gestos, las acciones no estaban marcadas por el tiempo, el reloj ni el dinero, ni tampoco se le daba un valor monetario al trabajo que alguien hiciera a un vecino. Lo importante era ir a ser partícipe de la siembra o de la cosecha. Luego con el tiempo habría una forma de retribución. Eran las conductas de reciprocidad instaladas en la tradición sociocultural de la comunidad mapunche. La existencia de una normativa natural que no estaba escrita, ni tampoco se expresaba en palabras, sólo se comprendía en la acción cotidiana que así había que hacerlo, ese era el *as-mapu* de entonces.

Así el que iba a barbechar un terreno, dejaba sus yugos y arado a la vista del camino para que sus vecinos lo vieran. Al otro día muy temprano llegaban todos los cercanos con sus bueyes, arados y azadones para hacer la minga de barbecho. Lo mismo sucedía para la siembra y la cosecha según el tiempo y la faena a realizar.

Los que tenían bueyes y arado, se entendía que ellos también sembraban y cosechaban, no así quienes no tenía esos aperos, pero igual llegaban con sus azadones, gualatos y/o echonas. Estos últimos su retribución estaba definida por la propia costumbre, en las cosechas de papas, se retribuyen con los “*ayuntos*” que sacaban de las melgas (los ayuntos son las papas que habían tenido un exceso de crecimiento), y que se llevaban cuando regresaban a sus casas. Estos trabajadores o ayudantes en la saca de papas se les conocía por “*koipu*”, y hacían apuestas, quien encontraba el *ayuntu* (la papa) más grande.

En la cosecha de trigo, existían tres formas de compromiso de trabajo, llegaba los mingueros con sus bueyes y carreta para la emparva y otras funciones, el “*tariero*” que exclusivamente llegaba a sacar “*tareas*” (que era el corte de trigo de un retazo de setenta y cinco por cincuenta varas, como alrededor de 2.619 metros aproximadamente). Y los “*trabajadores al día*”, quienes solo llegaban con su echona en las cosechas de trigo que les correspondía segar, emparvar y trillar. Estaba también el dueño del equipo de trilla, dependiendo del avance tecnológico de la época, como las trillas a yegua y/o palos, luego las desgranadoras accionadas por un malacate (especie de engranaje grande con dos pértigos de madera que se accionaba con la tracción de dos yuntas de bueyes). Después llegó la trilladora de planta accionada por un locomóvil a vapor y/o un tractor.

Hasta ese punto de tecnología se llegó en la década de los setenta las últimas siembras y cosechas de trigo en el sector pre cordillerano costero de Osorno, porque luego la tierra ya no tenía los suficientes nutrientes, producto de la continua explotación agrícola, que comenzaba a generar una generalizada erosión de los suelos, a lo que sumó la acelerada deforestación.

Volviendo al recorrido de nuestra memoria, junto con el término de las siembras y cosechas de trigo, también se fueron extinguiendo costumbres que eran parte fundamental de nuestras familias y comunidades, como la “*vuelta y mano*”, la “*minga*”, y otras como el “*chauki*”,

el “*fushatu*”, el “*killatu*”. Todas ellas hoy olvidadas, y que en algunas actividades culturales las rememoran como parte de la historia, pero no como una costumbre cotidiana en los actuales tiempos.

El *manküing küsow* (la vuelta de mano), costumbre de ayuda mutua entre dos personas o dos familias vecinas. Esta práctica de reciprocidad era una constante, significaba que si hoy me ayudaban a mí, mañana incondicionalmente yo ayudaría a mi vecino en su trabajo, y así sucesivamente y mutuamente. La vuelta de mano, una práctica extinguida en nuestras comunidades, podría manifestarse de alguna manera actualmente en los velorios. De manera que en un momento complejo de la vida tiene un componente importante de la necesidad de los demás y viceversa.

Por lo demás, ha entrado fuertemente el condicionamiento del dinero en las actividades cotidianas de las labores productivas en las comunidades mapuche williche. Si hay dinero de por medio se puede contar con una persona que ayude a efectuar un trabajo determinado. Las relaciones interpersonales tampoco son las mismas, con el dinero son más frías e impersonales; el que antes era un colaborador, un apoyo, un ayudante. Ahora tiene el rango de “trabajador”, cumple un horario y no le importa mucho si el trabajo tiene avance y/o que este se concluya de la manera más óptima. En la antigua costumbre, si no se alcanzaba a terminar con el trabajo, había que concluirlo al día siguiente, sin mayores objeciones y/o condiciones. La única condición era que haya buena comida y bebida para compensar el esfuerzo realizado.

La vuelta y mano, era una costumbre entre dos vecinos, la minga, por otro lado, era una actividad más colectiva, donde se involucra a varios grupos de familias de un sector. Donde el dueño de minga convocaba para realizar una actividad productiva determinada, todos llegaban con sus herramientas de trabajo correspondientes. Todo comenzaba muy temprano, antes que saliera el sol, se daba el desayuno luego los hombres a la faena convocada, un grupo de mujeres a la cocina, otras

a hilar y tejer. Cuando había cosecha de trigo, iban todos: hombres, mujeres y niños. Solo quedaban las de la cocina.

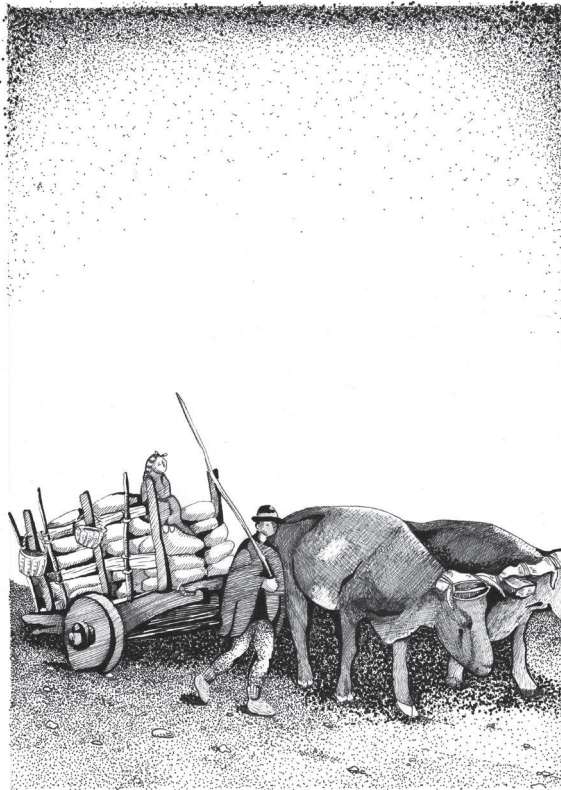
Una vez terminada la minga, que podía ser de un día o de varios días, venía la cena muy contundente y además refrescada con alguna bebida ya sea *mushay*, *mushka* (chicha de manzana), chicha de “mosco” también llamada “chicha volando”, que se hacía de restos de miel y cera de abejas. Luego se concluía en una fiesta amenizada con música y bailes hasta donde correspondía.

Hoy han entrado otros componentes valóricos en nuestras familias, comunidades y territorios, obviamente que el espacio territorial de supervivencia ha sido reducido hasta su más mínima expresión. También se han reducido nuestros valores culturales, nuestra esencia espiritual, cultural e histórica. Damos paso a componentes enajenantes y muchos de ellos de características negativas y destructivas, como el egoísmo y la envidia que se han quedado a ser parte de nuestras visiones y acciones en las personas, familias y comunidades.

El Tata Mañuko, volvió al medio día. Dijo:

—No encontré al Juanchi, había salí’o, pero el trigo se lo deje al Peyo pa’ que se lo entregue cuando lo vea.

## El Tata Mañuko y su viaje al pueblo





**A**l primer canto de gallo que anuncia un nuevo amanecer en los bajos de Cumileufu, el Tata Mañuko ya había amarrado sus ojotas, después de haber dormido su jornada correspondiente, pero está bien despabilado. Luego atiza el fuego con su bastón y sale en busca de sus bueyes que están echados en el corral como figuras amorfas en la semioscuridad de la noche, rumiando su cena de buen pasto que le dejó dado antes de anochecer. Y los anima diciendo:

—¡Arriba, arriba!!! “Manchao”, “Chivato”

Con el yugo en sus manos y las coyundas desatadas, comienza a enyugar sus bueyes, el Manchao y el Chivato. Ambos animales llevan una cantidad de tiempo juntos que pareciera fueran de indefinidas lunas, de otoños, inviernos, veranos y primaveras. Cada cual entiende su rol en sus espacios y sus tiempos; el Tata Mañuko con la parsimonia de un hombre ligado en perpetuidad a la tierra. No hay otro mundo más, que lo que su universo mental ha concebido en sus visiones, pensares y labores cotidianas de sembrar y cosechar, rodear sus animales y atizar el fogón que permanece permanente en su sruka techada de chupón y tinglada de revellín.

Ya enyugado el Manchao y el Chivato, él camina haciendo un sonido con los labios: mush, mush. Los bueyes siguen hipnotizados hacia la carreta que ya está preparada de la tarde anterior, con los sacos de papas para la venta, cuatro sacos de trigo para moler y un canasto de manzanas y un par de sacos de pasto seco para los bueyes. Faltaban las cosas que llevaría la Abuela Florinda, que con cariño le decíamos “La Mamita Florinda”, quien estaba preparando los últimos detalles para el viaje, y el Tata Mañuko le dice desde afuera:

—¡Apúrate Flora!, que nos pilla el día.

—¡Ya voy ya! Me faltan las gallinas que amarrar y el *srokin*.

La Mamita Florinda sale de la *sruka*, con unos canastos con el *shrokin* para el viaje, que consiste en unos pollos cocidos en un menjunje de ajo, *merken* cacho de cabra y otros aderezos, más unas tortillas al rescoldo, unos charqui ahumados, unos *katutos* y sopaipillas, una tetera y una ollita para hacer unos cocinados en el trayecto. Por otra parte, el Tata Mañuko, ya tiene su pipita de chicha de manzana en la carreta y una *srosronka*<sup>16</sup> con harina tostada. El camino es demasiado largo, unos tres a cuatro días en carreta. Un día entero para acercarse al pueblo. Luego pasar a pernoctar en los lugares tradicionales de descanso y alojamiento, y al día siguiente al amanecer lograr llegar a la ciudad para vender sus productos y realizar los otros quehaceres que se llevan en mente. La Abuela Flora amarra sus canastos con las gallinas a la barandilla de la carreta, las demás cosas las acomoda en cada espacio. Ella se sube a la carreta, se sienta encima de uno de los sacos y se arreboza con su chal y una manta, y dice:

—Ya Mañuko, está todo listo. Viajemos y que el Diosito nos acompañe.

El Tata Mañuko, le dice a su hijo que le ha ayudado esa madrugada:

—Cuiden los chanchos que son muy pasaores, y no vayan hacer daño donde los vecinos.

El Tata Mañuko levanta la picana<sup>17</sup> y golpea suavemente sobre el yugo y anima a sus bueyes a caminar, con el particular sonido producido con los labios:

—Mush, mush, mush. Vamos Manchao... Chivato!!!

---

16.— Srosronka: especie de morral hecha de cuero de cabrito.

17.— Picana: vara de luma que se usa para guiar a los bueyes.

A los primeros pasos cruje la vieja carreta *trutruka*<sup>18</sup>, hecha principalmente con pértigos y barandas de luma, piso de tablas de *pellin* y ruedas de laurel. Se rompe el silencio nocturno con los crujidos y el bufar de los bueyes, a los lejos se oye el eco de los ladridos de unos perros que advierten el paso de imaginarios viajeros nocturnos. Era una noche clara de luna, solo el lucero de la mañana es casi opacado por el resplandor absoluto de la “mamita luna”<sup>19</sup> que domina todo el universo. Era un privilegio, cuando está oscuro es más difícil el viaje sin saber por dónde se camina, incluso para el más baquiano.

Aquí el tiempo se mide solo con el andar, el día y la noche como silentes testigos y acompañantes del caminante, la premura desaparece de los pensamientos y de los sentimientos. No hay más prisa que lo que va imprimiendo el acompasado paso de los bueyes y la carreta. Eso sí, hay tramos que están marcados por el ir y venir de infinidades de viajes y la experiencia de otros viajantes. Porque cada espacio tiene su identidad, cada cerro, cada recodo del camino, el estero, el puente. Muchos de esos nombres hacen referencia a un árbol, como “el coigüe huacho”, “el eucalipto huacho”, “el manzano”, “el pero”. Otros nombres a ciertos tramos del camino, como “la cuesta del diablo”, “el puente viejo”, “la cuesta de la vaca”, “la quila”, etc.

El Tata Mañuco camina delante, guiando sus bueyes, tiene que ir abriendo y cerrando trancas<sup>20</sup>. Una acción que se hace sin mayores comentarios o disgustos. Es el momento también de la compañía de “la

---

18.— Carreta *trutruka*, se dice de la carreta con eje de madera así como sus ruedas que con el roce producido al andar se secan las maderas emitiendo un sonido parecido al de una *trutruka*.

19.— Mamita Luna, Ñuke Ale en che sungun, que en la cosmovisión *williche*, la luna es considerada una entidad maternal.

20.— Trancas: portones de madera que existen en los caminos rurales para que no transiten los animales sueltos y demarcan también el deslinde de algún predio.

gallina ciega”<sup>21</sup> que por un largo trayecto vuela delante de la comitiva, más o menos en tramos de unos diez metros, aguarda y luego alza de nuevo su vuelo y vuelve a esperar. Su vuelo es como si fuera un compromiso natural de guiar a los caminantes nocturnos.

Aparece un segundo participante como compañero en este singular viaje. El chingue<sup>22</sup>, que se caracteriza por la fama de su pestilente orina. Con cierto recelo la Abuela Flora, dice:

—Mañuko no espantes al chingue, que va ahí a la orilla.

Claro que el “señor chingue” es un ser muy respetado en los campos, porque si lo atormentan puede sacar su arma y dejar a sus atacantes por unos seis meses tan hediondos, que se podría oler a cien metros de distancia. Pero aquí va de gran compañero, se puede ver con la luz de la luna su precioso traje que le otorgó la naturaleza, de pelaje blanco con su franja negra desde la cabeza hasta su frondosa cola. Corre y corre como perrito a la par del avance de la carreta. No se sabe cuál es su intención, pareciera deleitarse con la compañía. Será porque se encuentra parecido al buey “chivato”, que casi tiene sus mismos colores: blanco y negro.

Es grata la armonía a los oídos de los viajeros el trinar de los pajaritos al amanecer. Para ellos dos a lo mejor aquello pasaba tan desapercibido que, no es que no le dieran importancia, más bien era algo tan propio como el efecto de amanecer, o inclusive hasta el de respirar. Era necesario que cantaran, así también era imposible, en esa inmensidad de gorjeos, identificar cada trinar. Pero el oído de la Abuela Flora, tiene la capacidad de identificarlos, por esa razón de pronto comenta:

—Ese pajarito que canta no lo había escucha’o.

—Debe ser nuevo por aquí. Dice el Tata Mañuko, sin mayor curiosidad.

---

21.— Gallina ciega: ave nocturna, que lleva ese nombre, conocida también como pün chiüke.

22.— Zorrillo.

Y continúa la carreta con su ritmo cadencioso por el estrecho camino entre recodos oscuros y claros, entre lodazales, pozones de aguas y terrones de barro seco que se niegan a ser triturados por el peso de las ruedas. Cuanto tiempo, cuanta distancia se habrá andado, solo que en el horizonte hacia el *Puelmapu*<sup>23</sup>, se avizora una claridad que se confunde con la claridad de las luces artificiales de la gran ciudad, es lo que se comenta.

De pronto se escucha el tranquear de un caballo y su particular resoplido, que se acerca a tranco ligero, casi trotando, y aparece la oscura figura de un jinete a caballo, quizá por su poncho de castilla negro y sombrero hundido a hasta las orejas, y pasa raudo al lado de la carreta y adelanta saludando:

—¡Buenos días!! Va p'al pueblo don Mañuko?

—¡Buenos días!! Si pa'lla vamos.

—Que tenga buen viaje... Dice el jinete.

—Gracias...

Alcanza a decir, el Tata Mañuco. Y el Jinete desapareció en el siguiente recodo del camino. La Abuela Florinda dice:

—Quién sería ese “en mante encastillao”...?

El Tata Mañuco, como la Abuela Florinda eran personas muy conocidas y queridas en el sector. Siempre andaban juntos en su carreta y con sus característicos bueyes rechonchos y su caminar lento. En la *sruka* del Tata Mañuco y la Abuela Flora, nadie se iba sin servirse algo. Si no había comida hecha, estaba el jarro de chicha con harina tostada, y no se atendía a nadie a fuera de la casa, tenía que pasar adelante y sentarse a la orilla del fogón para conversar. Estaban prestos a servir y/o ayudar en cualquier situación que sus vecinos estuvieran viviendo. Por eso eran considerados y respetados por todas las personas y hasta por los más malandrines que vivían por esos lares. A eso se debía que el jinete nocturno los saludaba con afecto.

---

23.— Puelmapu: es el territorio del Este donde sale el sol.

Ya el sol va haciendo aparecer sus primeros rayos por el *Puelmapu*. Se puede observar también el movimiento que hacen los lugareños para “tantear sus animales”, es decir, comprobar si están todos. Antiguamente no era costumbre encerrarlos en corrales o galpones cerca de la casa habitación, porque no existía el abigeato.

Por el camino ya aparecen otros caminantes y jinetes. Todos saludan: ¡buenos días!, también dicen “¡*mushkai!*”<sup>24</sup>, “¡*mari mari ñaña!*”, “¡*mari mari ñaño!*”, dicen los más ancianos.

Con el tranquilizar de la mañana, ya era hora de hacer un breve descanso, el Tata Mañuko busca una orilla de camino despejada para que los bueyes puedan descansar un poco y así continuar el viaje. En ese breve descanso se hacen algunas diligencias personales también. Hay un chorrillo de cristalinas aguas muy cerca para echarle un poco a la cara. La Abuela Flora prepara unos trozos de tortilla con carne de pollo y se sirven para obtener nuevas energías para el largo viaje. Porque el próximo descanso será al mediodía más o menos.

El resto del viaje transcurre sin mayores contratiempos, hasta llegar a la bajada de la famosa “cuesta de centinela”, por ser uno de los trayectos más dificultosos para los viajeros y caminantes, hasta en pleno verano se le tenía un considerado respeto. La huella caminera era una hondonada de fangosas curvas, de largas pendientes de subida y bajada, donde un pequeño caracol podía ser más veloz que un carretero en esta aventura.

En esa especie de cañada había otro carretero que tenía un grave problema, se había quebrado el eje de su carreta, quizá porque el exceso de carga que llevaba, o algún golpe brusco que haya sufrido en el trayecto. Aquí viene la solidaridad de los viajantes. El Tata Mañuko busca un lugar para estacionar su carreta y se acerca al accidentado y le dice:

—Se le quebró su eje amigo... Le dice el Tata Mañuko.

—Siii. Así jue no más pó. ¡Qué mala suerte tengo!! Aquí estoy de la madrugá...

---

24.— Mushkai: saludo mapunche williche entre hombres.

El Tata Mañuko intenta animarlo y sugerirle algunas ideas para que el carretero pueda salir de su atolladero.

—Le voy a conseguir un hacha por ahí, en esa casa que se ve allá, y usted amigo busca un buen palo para hacer un eje nuevo, no más po’.

—Sí, eso haré. Ya no llegaré al pueblo como había pensá’o.

El Tata Mañuko, tomó su tranco y fue en busca de un hacha para solidarizar con el carretero accidentado. La búsqueda no fue más de media hora, aunque para la Abuela Flora, fue una eternidad. El Tata Mañuko venía con el hombre que le prestó el hacha y además traía al hombro un trozo de madera que justamente tenía en su casa aquel amigo del hacha.

—Aquí lo dejo amigo, para que arregle su carreta y ahora voy a seguir mi camino. Dijo el Tata Mañuko.

—Se lo agradezco don Mañuko por su ayuda y que tenga un buen viaje y que nada le pase en el camino.

Ambos se despidieron como si se conocieran por años, y cada cual tomó sus andares como parte del largo viaje, el Tata Mañuko con rumbo a la ciudad, y el carretero accidentado también. Este último tenía que resolver el cambio de eje de su carreta averiada.

Por fin después de varias horas, un poco más del medio día, iban tranqueando por las altura de Puloyo, ya los bueyes se sentían algo cansados a juzgar por el resoplido de sus narices. El Tata Mañuko se orilló en una pampita con unos vigorosos pastizales, desató la carreta y también a sus bueyes, que se fueron raudos a comer la fresca hierba que estaba ondulante y fresca. Mientras la Abuela Flora, hacía fuego y ponía a calentar su teterita, con agua que había sacado de una vertiente que estaba cerca del lugar.

Luego que se sirvieron un rico y abundante almuerzo, comenzaron a preparar la continuidad, enyugar los bueyes, amarrar la carreta y proseguir el viaje. Así comienza una siguiente etapa que es alcanzar llegar al “Eucalipto Huacho”, un añoso árbol que era un punto de referencia para pasar acampar, y también cerca de ahí había una saliente

rocosa como viseras naturales que servía como un lugar de refugio para dormir. Ambos lugares siempre estaban casi ocupados por los muchos viajeros de aquel entonces. Por tanto, para dormir no quedaba otra cosa que acomodarse debajo de la propia carreta.

Todo ese trayecto de Puloyo al Eucalipto Huacho, se hizo sin contratiempo, sin embargo el Tata Mañuko y la Mamita Flora, llegaron ya entrada la noche a ese lugar. A distancia se veía el resplandor de las fogatas de otros carreteros que llegaron primero a pernoctar. Se instalaron en un espacio que le indicaron los que llegaron primero.

¡Ahí! cerca de esos troncos pueden quedarse. Ahí hay harto espacio para su carreta y sus bueyes. Le dijeron.

El Tata Mañuko, desató su carreta y dejó sus bueyes enyugado para que descansan una media hora, evitando de esta forma tomarán agua de inmediato, porque calurosos y agitados los bueyes se “pasman”<sup>25</sup>, dice Tata Mañuko. Mientras tanto, la Mamita Flora preparaba la cena. Con ello surge la conversación de todos los viajeros, se intercambian detalles del viaje, se preguntan respecto del lugar de donde vienen, y se refieren a lo bueno que es hacer un grupo para pernoctar porque andan unos asaltantes que se trasladan a caballo y son peligrosos. En este improvisado y natural lugar de hospedaje, había gente de venía desde Chanco, Quitra Quitra, de Lafquenmapu, y también un viajero que venía caminando desde la cordillera, que había sido citado por el Juez, para un comparendo por problemas de tierras con un extranjero que le quiere quitar su monte, según conversaba.

Era una animada conversación a la orilla de la fogata principal, había otras donde se cocinaba y calentaban agua para tomar mate. El Tata Mañuko sacó de su pipita unos litros de chicha y compartió con los demás que se sentían agradecido por la rica y seductora bebida.

---

25.— Pasma, según el conocimiento mapunche, es un desequilibrio que se produce en la persona o animal cuando está caluroso y toma algo frío, o le da un aire helado, que puede producir una alteración fisiológica y lo puede enfermar, o producirle un accidente cerebro vascular.

Una vez servidos sus meriendas, cada cual fue preparando su cama, que no era más que los elementos propios del viaje, las monturas, los sacos con pasto, y obviamente el *maküñ* (poncho) los hombres y su *ükülla* (chal), las mujeres. El viaje había sido largo y tedioso, y había que estar temprano en el pueblo, que los distanciaba todavía unas cuatro horas más o menos, para vender bien sus productos y hacer sus diligencias correspondientes.

Al amanecer, ya con los primeros rayos de sol el sequito de carretas avanzaba a mitad del trayecto al pueblo, desde donde habían pasado a dormir. Cada cual en sus carretas, los de acaballo, se habían adelantado bastante. Ahora era el chillido de los ejes de las carretas y el vocear de los carreteros animando a sus bueyes por las ansias de llegar luego a su destino. Unos con sus corderos, otros con carbón, leña, y trigo para moler.

Serían como las ocho de la mañana, aunque ninguno de los viajeros tenía reloj, no era necesario, solo el sol, las sombras y la naturaleza marcaban los ciclos cotidianos de aquellos tiempos. Era Rahue Bajo que los esperaba, se podía ver desde la altura, como pululaban las carretas, y carretones, carrozas, todos tirados por caballos, y también algunos escasos autos. Las calles principales estaban rústicamente cubiertas de ripio y arena, las demás solo de tierra donde formaban fangos permanentes, hasta en pleno verano.

Al acercarse al poblado ya venían al encuentro los llamados revendedores, conocidos en algún tiempo con la denominación poco ortodoxa: “los buitres”, porque arrebataban de las manos los productos que traían los campesinos —por decir de alguna manera—. Peor aún, en muchos casos, ni siquiera pagaban la mercancía, se la llevaban sin más en el tumulto.

—¿Trae cuero casero?, ¿trae gallinas?, ¿qué trae pa’ la venta?

El Tata Mañuco y la Mamita Florinda, se estacionaron en un espacio desocupado y ahí fue el tumulto de revendedores, y ellos con su paciencia van vendiendo sus productos. Una compradora dice:

—¿Cuánto vale la gallina?

—Tantos centavos

—Muy cara, y la gallina está flaca.

Y el Tata Mañuko, le dice

—Bueno no la compre...

Finalmente, la compradora le pasa las monedas a la Abuela Florinda y se va. Así venden todo lo que traían en una hora más o menos. Solo le queda ir al molino de Rahue, para moler los cuatro sacos de trigo que trajeron. Como media hora estuvieron para hacer la fila de carretas que esperaban su turno. Había un encargado de recibir la molienda tomando registro en una libreta, luego iba llamando para pesar y revisar los sacos de trigo, verificando que no vinieran húmedos ni sucios.

Luego, le dice al Tata Mañuko:

—A ver mi “cholo”<sup>26</sup>, su harina va estar como a las tres o las cuatro de la tarde más o menos. Porque hay mucha molienda. Antes... nada.

El Tata Mañuko, asienta con la cabeza y dice gracias, enseguida se retira del lugar para dar paso a otros carreteros con molienda. Son decenas las carretas, también de a caballo, es un hormigueo humano, también de bueyes y caballos. De pronto llega un patrón con sus colosos de trigo y los demás le dan paso raudamente a quien obviamente le muelen de inmediato su molienda. Los demás que esperen, es la ley del poder aquí y allá.

—Ya háganse a un lado, no estorben la pasada. Dice uno de los capataces mandado por el patrón.

Claro, el que tiene el poder no pide permiso, solo pasa por sobre los demás. Pero el Tata Mañuko en su humanidad no expresa ni una mueca, tampoco se apura. Todos sus movimientos están de acuerdo a su propia voluntad. Él es libre en su pequeño gran espacio, tampoco

---

26.— Cholo: denominación que hacían los no mapuches a los indígenas, como un trato en muchos casos despectivos, aunque lo expresaran con cierto afecto.

le rinde pleitesía a un poderoso, pero si él tiene la costumbre de pedir permiso a todo, a sus iguales, a la madre tierra. Hasta un niño le dice:

—con permiso que voy a pasar.

Después de todo este ajetreo queda tiempo para hacer otros menesteres. El Tata Mañuco tiene un conocido que tiene un corralón ahí dejó encargados sus bueyes y su carreta. Le dice a la Abuela Flora:

—Vamos al centro antes que cierren, tengo que ir a la oficina de tierras, ahí tengo que pagar esas contribuciones.

—Eso es muy lejos pa' caminar. Dice la Abuela Florinda.

—No, no. Será una hora más o menos, porque tenemos tiempo. Dijeron en el molino que como a las tres o las cuatro, pero eso va a ser más tarde, nunca es a la hora que dicen.

Finalmente, toman su andar y caminan sin decir palabras, hipnotizados con el trajín de las carretas, carretones y una góndola que hacía el recorrido urbano por ese entonces entre Rahue y el centro de Osorno. Avanzan por el antiguo puente sobre el Río Rahue, que une dos espacios territoriales de la historia del Osorno, antiguamente denominado “*Chausrakawiñ*”<sup>27</sup>. El viaducto de madera cruje con el pasar de los carruajes, y ambos viajeros se enfrentan con otra realidad, el Osorno de los encopetados, como decía el Tata Mañuco, aquellos que caminaban por la calles de adoquines, como si los demás no existieran, o para caminar más de una cuadra usaban los carruajes tirados por caballos. Las damas con sus ropas elegantes y perfumadas y los hombres con sus ternos, corbatines y cabellos engominados. Era el Osorno de los que llegaron de otras tierras, los primeros de España, luego de Alemania y posteriormente de Siria y Francia. Eran los dueños de los grandes fundos dedicados a la agricultura y la ganadería, y los otros al comercio, la industria y la política.

---

27.— Chausrakawiñ: antiguo nombre de la comarca habitada por williche a la llegada de los españoles en 1558.

Se enfrentaron por la calle Ramírez a paso lento, el Tata Mañuko con su *makuñ*<sup>28</sup> de lana, con el color y olor a humo de coigue y ulmo, el pantalón de “carro”<sup>29</sup> de la misma textura, su sombrero hundido hasta las orejas y como calzado, sus ojotas o también conocida como chalas confeccionadas de cuero de vacuno, que amarradas se sujetan firmemente a los tobillos y pantorrillas. La Abuela Florinda, por otra parte, lleva unos zapatos que le molestan mucho al caminar, porque está acostumbrada andar descalza, los usa solamente cuando va al pueblo. Sus vestimentas son su *üküya*<sup>30</sup> de lana color azul marino, en su cabeza lleva trenza que son sujetadas por un pañuelo de colores, como vestido un faldón largo de color negro y una blusa floreada y un chaleco café tejido a palillo. Cada momento tenían que hacerse a un lado para dejar pasar a los adinerados, como si ellos fueran los dueños de las calles y del mundo. En más de algún momento se escucha decir a algunos de estos hidalgos:

—¡Quítese del camino!, ¡dejen pasar ñor!

Después de un largo andar, llegaron a la plaza de armas. Hay un enorme bullicio y mucha gente que se agolpa alrededor de algo que no se ve desde la distancia.

—Debe ser algo novedoso eso. Dice la Abuela Florinda.

—Quién sabe qué habrá ahí. Pero nosotros vamos a la oficina de tierras. Dice el Tata Mañuko. Sin darle mayor importancia.

Seguidamente, entran a un edificio de donde salen y entran personas apresuradas, otros alegan en los pasillos. Mientras otros personajes de terno oscuro y corbata cuentan dinero que le pasó un tercero y abren un maletín de papeles, y le piden estampar su dedo con tinta en un papel, porque la persona dice: “Yo no sé firmar”.

El Tata Mañuko le dice a la Abuela Florinda:

---

28.— Makuñ: se le dice en che sugun a la manta o poncho de lana.

29.— Pantalón de carro: se le conoce a esta prenda de vestir de hombre tejida en telar rústico con lana de oveja.

30.— Ükiya: chal o conocido también como chamal.

—Esos son los “Tinterillo”, son para puro sacar plata a los indios ignorantes no más.

En esos instantes se acerca uno de esos personajes y le dice al Tata Mañuko:

—Oiga amigo, necesita que le ayude a hacer un trámite. Usted habla con el indicado.

A lo que el Tata Mañuko, le responde:

—No necesito nada. Solo vengo a pagar mis contribuciones no más. Así que gracias por su ayuda.

El Tata Mañuko se acercó a un mesón donde habían sentados tres personas, que ordenaban papeles y timbraba, a su vez, recibían dinero. A todo esto la Abuela Florinda miraba desde la entrada el movimiento de cada persona que circulaba en el ambiente, donde cada quien tenía su propio quehacer. Había personas sentadas en el suelo en la entrada del edificio que pedían dinero, ella sacó de un saquito unas monedas y se las dio.

Terminado el trámite, salieron del edificio y pensaron sentarse en un banco de la plaza para descansar, como lo hacían otras personas. Y cuando iban a realizar esa acción, pasó un encargado del lugar y le dice:

—A ver, a ver, cuidado con los asientos. Salga de aquí porque vamos hacer la limpieza, y váyanse a otro lado.

Sin una palabra se retiran del lugar y van de regreso para el Rahue. Sin embargo en el camino, en la calle Ramírez, se apostaba el gran comercio osornino de la época. En la puerta de una de las tiendas sale un turco, como se le conoce en aquel entonces, y ofrece su mercadería.

—Oiga paisana, mire le ofrezco zapatos de lo mejor, y baratos mija. Mire y pase a ver no más, no se arrepentirá. Además tengo géneros tucuyo<sup>31</sup> teñido de la mejor calidad.

---

31.— Tucuyo: especie de tela gruesa y rústica que se utiliza para hacer vestidos de mujer.

La abuela Florinda quedó paralizada ante el avasallamiento del comerciante. El Tata Mañuko solo sonreía mirando el suelo. Y el turco siguió insistiendo:

—Finalmente la Abuela Florinda reacciona y le dice:

—Na. No tengo plata ahora, porque eso es caro.

—Ahh pero miya, puede dejar abonado algo de dinero, la mitad, y cuando venga al pueblo otra vez, paga la otra parte y se lleva su compra, ¿qué le parece?

El Tata Mañuko, toma su tranco y dice:

—Vamos Flora, este vende puros embelecocos no más.

El turco insiste y lo sigue:

—Mire le hago una rebaja, ¿qué le parece? A la mitad del precio...

Pero no surte efecto la insistencia del comerciante y se alejan hacia el río para aprovechar el tiempo de comprar las “faltas”<sup>32</sup>. El turco quedó refunfuñando frases porque no le compraron sus mercaderías que ofrecía.

Ya era pasado el mediodía y era hora de comer algo, y el Tata Mañuko con la Abuela Flora se dirigieron hasta el boliche de don Choño Dorner. Este era un alemán que vivía en Rahue Bajo y vendía pan, cecinas y otras mercaderías, y convidaba agua caliente. Ahí compraron pan de pueblo, cecinas y pidieron agua caliente para tomar unos mates. Se sentaron junto a otros parroquianos en unos bancos de madera y mesones rusticos y a disfrutar de la merienda, donde la Abuela Flora sacó su pollo escabechado que traía como *shrokin*<sup>33</sup> en su canasto y convidó un trocito a los presentes. Hasta don Choño Dorner disfrutó de la delicia de este pollo costeño.

Seguidamente de este apetitoso almuerzo compraron sus “faltas”, que obviamente el alemán tenía en sus repisas y bodegas. Infaltable era

---

32.— Las faltas, concepto campesino para definir artículos de primera necesidad en la casa, como sal, azúcar, yerba, etc.

33.— Shrokin: es el concepto de define a un surtido de alimentos que lleva para un viaje.

la sal, que se vendía por saco, y un par de kilos de ají cacho de cabra, una bolsa de pan de pueblo para convidar a los caseros<sup>34</sup>, unas bolsas de cebolla y otras cosas más. La Abuela Flora aprovechó de ir a la botica de Rahue para surtir su dispensario familiar, como el infaltable “mejoral”, algunas esencias, friegas, mentalol, etc.

A las tres y media estaban ya de vuelta en el molino con los bueyes y la carreta lista para esperar la molienda. A esa hora también llegaban gran parte de los carreteros de la mañana, algunos ya bien pasados de copas y otros que simplemente no llegaron, se quedaron dormidos en las cantinas aledañas. Además que quedaban sin nada, donde le sacaban hasta los zapatos y el sombrero. Bien podían encontrar sus carretas y bueyes o sus caballos si los dejaban encargado, sino también los perdían.

El encargado del molino, va gritando en voz alta, la entrega de la molienda. Si no está presente el requerido, continúa con el siguiente, hasta que le corresponda el llamado al Tata Mañuko. El encargado le dice:

—A ver mi cholo, ¿tiene para pagar su molienda o deja la maquila?

—Tengo para pagar. — Responde el Tata Mañuko y le entrega el dinero.

Carga su carreta con la harina y el afrecho e inician la vuelta a casa, pensando que habían logrado hacer todos los quehaceres que habían planificado. Sin embargo, ya a la salida del molino lo alcanza un medio conocido que le grita:

—Oiga! Espere don Mañuko, ¿le puedo pedir un gran favor? Sabe que necesito unos cinco pesos que me pudiera prestar, pa’ poder retirar mi molienda. Es que me quede sin plata, si no voy a tener que volver con mi careta vacía.

El Tata Mañuko, quedó pensando un poco, porque no le quedaba mucho dinero, además que cinco pesos era harto para ese tiempo, y

---

34.— Casero: tendría dos acepciones; el primero se refiere a la persona que compra o vende cotidianamente un producto, el segundo se refiere a los que han quedado en casa, cuando los principales salen de viaje.

tenía como ocho no más. Por otra parte conocía poco al que le pedía dinero, y no lo iba a ver tan pronto, a no ser que sea tan honrado que le vaya a devolver a su propia casa. Finalmente le responde:

—Pero si no tiene plata puede dejar maquila también po'. Además que tengo poco dinero y cuando vuelva al pueblo otra vez, será en medio año más.

Y el conocido insistió:

—No se preocupe don Mañuko, en cuanto tenga el dinero le voy a ir a dejarlo a su casa. Eso téngalo por seguro.

Como no queriendo sacó los cinco pesos y se los pasó. Pensando que haría un favor a una persona que lo necesita. Aunque tenía sus dudas, si el dinero que le prestó le iba a dar buen uso. Pero pensó mejor, que sea así y pueda resolver su problema. Era cierto, porque al rato después el conocido lo iba siguiendo también con su carreta, iba acompañado de dos hombrones, obviamente que algo bebidos.

Comenzó la travesía del regreso, la carreta un poco más liviana. Ahora casi sin apuros, solo con el deseo regresar a casa. Eso sí, con la idea de pasar a dormitar en Misión Rahue, era otro lugar de pernociación. Ahí el cura párroco había construido una especie caseta a la orilla del camino para que los viajeros pasaran a dormir.

La tarde comenzaba a franquear a los carreteros que regresaban a sus querencias, pero no importaba, ahora había que dejar al tiempo, al camino, a la noche que sean buena compañía, y también “a El de arriba”, a quien se encomendaba la Abuela Florinda. Sin embargo, ocurrían situaciones que no podían ser previstas, son las circunstancias del andar que le pueden ocurrir a unos y otros, en distintos momentos y lugares. Fue en esa que habían avanzado un par de kilómetros cuando de repente aparece dos personas de a pie y uno de a caballo, que se interpusieron delante de los bueyes bruscamente y dando miradas en contorno, y preguntaron dirigiéndose al Tata Mañuko:

—Trae cigarro amigo pa' que nos convie.

El Tata Mañuko titubeó unos instantes por la forma en que aparecieron. A todo esto, el amigo que le había pedido prestado y sus acompañantes, se habían quedado rezagados al parecer. Bueno porque llevaban consigo una *chuica* de vino que seguramente era la entretención del viaje. Al final el Tata Mañuko, reacciona y le dice:

—Si traigo algo, pero hay que hacerlo. Tengo tabaco...

Claro, él llevaba consigo cigarros, pero era para fumarlos en ocasiones especiales, eran además más caros, para el diario él compraba una bolsa de tabaco y los papelillos para hacer sus propios cigarros. Pensó que con eso podría sacarse de encima a estos fulanos que de improviso habían salido de entre unos matorrales en un recodo del camino. Y rodeando la carreta preguntaron más agresivamente:

—¿Qué lleva el amigo, pa' que convide algo? No vaiga ser que tengamos que registrarlos.

Aquí la cosa ya comenzó a ponerse un poco complicada para el Tata Mañuko y la Abuela Florinda, que estaba ya muy intranquila observando a los hombres que rodeaban la carreta, y el de acaballo remolineaba delante los bueyes, y de la cual a la Abuela Florinda, le salió algo de esa valentía desde su menuda figura sentada arriba de los sacos de harina, y les dice:

—Ya dejen pasar, que estamos apura' o pa llegar a la casa.

Los hombres se rieron burlescamente y fue más para concretar su objetivo de asaltar a los viajeros.

—Ya ñor dejen la carreta retírense de ahí que vamos sacar cosas para nojotros. Si no lo vamos a matar. Lo dijeron en tono burlesco y casi agresivo.

Esta frase fue como que se le hubiera caído el cielo encima o le hubieran sacado el suelo de los pies, qué se podía hacer frente a esos malandrines que estarían con armas y además que eran tres personas. Se sabía que siempre asesinaban a quienes se resisten a que le robaran sus cosas, o por lo menos lo dejan muy mal heridos.

El Tata Mañuko, mordiendo la rabia, le dice a su compañera de viaje y de la vida:

—Bájate Flora, que le vamos hacer...

En ese tránsito estaban cuando se sintió un tropel de carretas que aparecen de pronto en el recodo del camino, eran los que habían quedado atrás. Traían además una alegre y despreocupada conversación que detuvo vacilantes a los asaltantes unos instantes, hasta que le uno de ellos dice amenazante al Tata Mañuko:

—Usté callao ñor, porque si dice algo, ya va a ver.

Se acercaron pronto los carreteros, y que además venían más, eran cuatro los que se juntaron en el corto trayecto. Y dice el que le había pedido dinero al Tata Mañuko:

—Lo alcanzamos Don Mañuko. ¿Pasa algo aquí con los jutre?

El Tata Mañuko, mascullando palabras con mucho temor y rabia, trata de decir:

—Aquí estamos, ...como usté ve.

Entonces el amigo que le pidió dinero —el Tata Mañuko no sabía o no se acordaba cómo se llamaba— como adivinando que algo extraño sucedía, le dice:

—Bueno Don Mañuko, entonces sigamos el camino, porque el que sale junto, vuelve junto.

Con esta frase, los asaltantes quedaron desorientados, no les quedó otra que hacerse los lesos y retirarse lo más rápidamente posible. Y fue el instante que la Abuela Flora saca la voz y temblorosa dice:

—Esos cochíná nos querían asaltar...!

Pero fue en segundo que escuchan la última frase dicha por la Abuela Flora, que los hombres carreteros sin decir agua va, como si se hubieran puesto de acuerdo, salen con sus garrochas de lumas y otros con piedras y palos detrás de los forajidos, solo el de acaballo logró escapar, dejando solo a sus compañeros, a los otros dos le dieron una paliza, de esas que no le dejaron costilla sana, y esta paliza era con consejo, como dicen en el campo.

La Abuela Flora intervino y les dice a sus defensores:

—Ya está gueno ya, no hay pegarle tanto. No hay que hacer desgracia tampoco.

Así los hombres carreteros, se calman un poco pero dejan muy mal trecho a los asaltantes, que seguramente no le quedarán ganas de hacerlo otra vez. Se quejaban, trataban de ponerse de pie y caminar, pero se caían y se levantaban, tratando de huir.

Ya la noche había caído, y los pasos se dirigían a Misión Rahue, allí pasarían a cenar y dormir. Llegado al lugar, no había ningún hospedado todavía. El lugar era una construcción rústica de unos cuatro por cinco metros, con techo de tejuela, con paredes tinglada de *pellin*, era abierta por el lado del camino, muy negra y oscura por dentro por el efecto del humo. Los hombres hicieron una buena fogata, otro fue a pedir agua en una casa cercana, y la Abuela Flora comenzó a preparar la cena con los aportes de cada uno de los viajeros, carnes, cebollas, papas, longanizas, pan. La comida se preparó en dos ollas, más una tetera para tomar mate.

En esos quehaceres, volvió la conversación más serena, porque antes de eso, solo se disertaba en bravatas y gestos, por la paliza que les habían dado a los asaltantes. Ahora el interés era comer algo y halagar el tiempo que había sido bueno, no había llovido, porque con mal tiempo el viaje hubiera sido muy sufrido, tanto para la carga de víveres que se transportaba, los mismos viajeros y los bueyes que tenían que llevar el peso de todo el cargamento.

Ya avanzada la noche, la cena estaba lista, cada uno lleva su *troko*<sup>35</sup>, para servirse un sabroso y contundente menjunje que contenía de todos los aportes dado por los viajeros, más pan de pueblo y tortilla que a más de alguno le había sobrado todavía de su *srokin*. Alegrementemente se sirven la comida, cada uno contando sus anécdotas de decenas de viajes al pueblo, de sus borracheras, de sus aventuras, muchas de ellas exageradas de la propia realidad. Esa era parte de la oratoria común de

---

35.— Troko: plato hecho de madera o greda.

las conversaciones de caminantes y carreteros. Cada relato terminaba en un punto o remate que generaba una risotada en los interlocutores.

Una vez ya satisfecho con la comida, el mate y el vino, el Tata Mañuko, pide hablar:

—Saben yo quiero decir que estoy agradecí o de ustedes, que nos salvaron de los asaltantes. Tuvimos hartó miedo. Esto no había pasa o ante, de todas las veces que habíamos viaja o. Así que por eso, yo le digo al amigo que aquí que me pidió plata enante (medio sonriendo) yo un poco desconfía o, pero ahora entiendo más a las personas. Es lo que uno no sabe a veces. Ahora yo quedo debiendo esta paletía.

A lo que le responden los demás:

—Na´ Don Mañuko, uste no debe na´. Es lo que hay hacer en estos caso. Uno no sabe de repente lo que puede pasar. Y se necesita ayuda, uno tiene que estar ahí, pa´ ayudar.

Así con esa premisa, se tomaron los últimos mates y se fueron uno a uno dormitando alrededor del fogón, cada cual con su propia fotografía vivida en el pueblo, con todos los trajines, el ir y venir de cada individuo en sus propios quehaceres cotidianos, trámites, negocios y también el ocio, que podría ser parte de lo que nos hace humanos.

Al otro día sería nuevamente un largo camino de regreso, quizás con situaciones nuevas o inesperadas, pero era el regreso a casa, hasta los bueyes apuraban su tranco, quizá también con el ansia de llegar luego a la querencia. Al amanecer cada uno de los carreteros tomó su camino de regreso, se despidieron como si hubieran planificado juntos tal viaje. A lo mejor se volverían a encontrar una vez más por ahí, en otro trayecto. Este era ya parte del anecdotario de cada uno de los participantes de este viaje al pueblo y en especial del Tata Mañuko y la Mamita Flora.

# El robo de la yunta de bueyes (Parte 1)





**N**o sé porque el Tata Mañuko, nunca tuvo otros bueyes que no fueran de color “chivato”, “golondrino”, esos colores negros con blanco, jamás unos bueyes claveles o por lo menos una vaca clavel, porque a mí me gustaban esos colores.

Un día de esos a las seis de la mañana, llegó el Tío Miguel tocando fuerte la puerta. Mi padre salió a ver quién era, el que tan apurado golpeaba. El Tío Miguel era de hablar bajito, jamás lo escuché dar un grito o expresar una bravata de bajo calibre. Nunca lo vi enojado tampoco. Y en esta ocasión seguramente solo una expresión de preocupación que pasaba por su mente, y dice como en susurro:

—Robaron los bueyes a mi apá.

Era la primera vez que le hacían algo así al Tata Mañuko, a otros vecinos ya les había sucedido. Porque habían cambiado fuertemente las costumbres en estos territorios, después del terremoto del 60. Antes la gente dejaba sus animales a campo abierto y nunca se perdía un animal, ahora había que encerrarlos en un corral y aun así los ladrones se los llevaban igual.

Mi padre cerró la puerta, que a todo esto andaba descalzo y habló desde la puerta para que escuchara mi madre:

— Los ladrones se robaron los bueyes de Don Mañuko.

— ¡Qué desgraciado!, alcanza decir mi madre que se levanta de un salto de la cama.

A la media hora ya venía un contingente de vecinos y parientes de a caballo y de a pie, para ayudar a “rastriar”<sup>36</sup>. Venían con palos,

---

36.— Rastriar: alteración de la palabra rastrear, seguir el rastro de un animal o persona.

chuecas, murreras, machetes, y un sobrino del Tata Mañuko traía un rifle para seguir a los ladrones. Cada cual con su teoría del robo, era una verdadera conferencia babilónica de conjeturas de cómo se habían robado los bueyes esa noche. El Tata Mañuko masticando su rabia, casi no decía palabra, iba y venía dando instrucciones para los que quedaran en casa para hacer su aporte a la causa, mientras el grupo se dirigía tras los rastros que se podían ver todavía en el camino, antes de que fueran borrados por el trajín cotidiano de pasajeros y animales por el sector.

Quedaron dos muchachones de a caballo, quienes tendrían la misión de llevar el *srokin*, para el camino, porque no se sabría cuánto tiempo llevaría esta operación de búsqueda de los bueyes robados. La Abuela Florinda, rápidamente amasaba pan con otra vecina, y la Tía Abuela Fide carneaba una oveja, con una habilidad impresionante, creo que ningún hombre le hubiera logrado ganar. Bueno, los hombres cuando carnean un animal, van conversando y tomando chicha, y doña Fide solo se dedica a su labor. Por tal razón, que en 10 minutos ya estaba haciendo su *mayutun*<sup>37</sup> de carne en una olla grande de fierro, para que seguidamente se lleve comida al grupo de “rastriadores”.

Nos encaminamos rápidamente tras la pérdida, los baquianos van adelante detectando los rastros, los demás lo seguíamos. Un grupo de a caballo se adelantaron para escudriñar en los cruces de camino y entradas a montes o matorrales.

El sol había aparecido en el horizonte, y nuestros cuerpos comienzan a sudar copiosamente, aunque en el mes de mayo el clima ya es frío que cala los huesos, pero con el caminar eso cambia rápidamente. Más cuando se camina en grupo se produce una especie de fenómeno de microclima grupal, y se puede apreciar el vapor expelido por los cuerpos caminantes y jadeantes.

---

37.— Mayutun: cocimiento de carne que hace en agua con condimentos y luego servir como fiambre.

Llegamos al cruce Panguimapu. Ahí estaba esperando uno de a caballo, conversando con otro viajero. Nos dice que:

—Unos viajeros se encontraron con una yunta de bueyes en el camino y un arreador, pero estaba muy oscuro, no se veía bien. Eso era por el camino de Panguimapu a Pullaullao.

Para allá seguimos casi trotando, llegamos a ese lugar pero las huellas ya se habían borrado con el trajín de otros animales y caminantes. Se dispuso una distribución del grupo, unos fueron para el cerro el Mirador, otros hacia el camino de Chanco y otros a buscar en los montes cercanos, y nos juntaríamos al mediodía en una pampa para almorzar.

Almorzamos ese día sin ninguna noticia de los bueyes. Así que la sugerencia de un habitante de ese sector nos dice:

—Los robos casi siempre los llevan para allá por el Mirador a Rucahuadra y algunos lo bajan para Cofalmo. Incluso lo pasan pa' La Unión.

Eso se ponía complicado y sin ninguna posibilidad cierta de encontrar la yunta de bueyes. Tomamos camino para ese lugar indicado, pero no había nada, nadie sabía nada. Pareciera que la información entregada es todo a base de supuestos, “*que vieron una yunta de bueyes más o menos parecida*” a la descripción dada, pasar por ahí, y eso alentaba las esperanzas.

Nos quedamos a dormir a pleno campo en el mes de mayo en esas alturas. Era una noche despejada totalmente, eso significaba que habría una helada de esas que dejan congelado a cualquiera, más todavía si se está a campo abierto. Una gran fogata nos acaloraba el cuerpo y sería la que nos libraría del amanecer escarchado. Mi padre buscó ramas de maqui, laurel y con ellas hizo una cama en el suelo y ahí nos tendimos tapados con nuestras mantas.

Al otro día, podíamos apreciar un paisaje blanco de la escarcha caída esa noche. Nuestras cabezas y pestañas tenían gotitas de escarcha. Nuestros pies obviamente no sufrieron de frío, por la fogata que nos cobijó. Tomamos un rico café con pan y carne y luego nos dedicamos

a nuestra tarea de búsqueda. Recorrimos cerros, bosques, quebradas y nada. Le preguntamos a quien encontraríamos en nuestro camino y nada.

Nos quedamos una noche más, donde una persona que muy gentilmente nos facilitó su cocina a fogón, de apellido Llanquilef, que vivía ahí a orillas del Río Bueno. Atizamos el fogón, buscamos leña, ahora era mucho más comfortable el alojamiento. El dueño de casa nos dijo entonces:

—Pueden comer papas enterradas, ahí está la troja. Saquen no más.

No alcanzo a terminar la frase y ya estábamos en la troja buscando papas para enterrarlas en la ceniza. El Tata Mañuko le pregunta al dueño de casa, ¿si era posible que se cocinara, porque andaba trayendo carne?, le respondió:

—Claro, por supuesto. Yo le voy a decir a mi señora para que le ayude.

Al rato después llegó la señora con aliños, unas fuentes y unos paquetes de fideos. Pidió ayuda para acercar una olla de fierro grande al fuego que había ahí, le puso la manteca más un ají cacho de cabras y unos ajos, y comenzó con el sofrito, y el Tata Mañuko puso la carne que traía ya cortada en una bolsa, luego las papas y el fideo, y a esperar la cena.

Fue una comida exquisita, sabrosa, contundente, con la que pudimos recuperar todas las energías perdidas, de tanto caminar días enteros, más un jarro de chicha que nos convidó el dueño de casa para el bajativo. Fue una agradable acogida esa noche y nos dormimos como estábamos no más, por el agotamiento. Unos sentados, otros tendidos a lo largo en el suelo, hasta el otro día.

Al día siguiente continuamos con la búsqueda por los alrededores, eran bosques casi impenetrables en algunos espacios, en esa época. Cada rincón era un laberinto natural que podía perder hasta el más baquiano, más de algunos de los “rastriadores”, se encontró en serios aprietos al perderse en aquellos montes.

Al final del día el Tata Mañuko, dio la orden de regresar, porque no había esperanzas de encontrar alguna noticia de los bueyes. Ya era de noche, menos mal que no llovía. Los de a caballo se fueron adelante como siempre, y los demás a pie seguimos por senderos, por derechuras, pero en la noche era imposible saber dónde había camino y podíamos perdernos, junto con la desesperación de regresar a casa.

Andaba con nosotros el vecino Moshe. El vecino era un personaje muy particular, de pocas palabras, medio agreste, enojón, nada de sonrisas. Pero en esa oportunidad fue la salvación para regresar. Solamente nos dijo:

—Síganme a mí no más, yo conozco estos caminos...

No había más que hacer, con el cansancio, el hambre... Nadie dudó en lo que decía, solo lo seguimos. Pasamos cercos, quebradas, montes, pampas, algunos humedales. Nadie se preocupaba dónde ponía los pies esa noche. Don Moshe adelante y nosotros atrás, casi trotando, era un felino en la noche oscura, conocía, sabía, intuía cada paso, cada atajo. En ese caminar no había conversación, solo algunos monosílabos, algunos garabatos de alguien que caía, se tropezada o chocaba con algún tronco o árbol en el camino.

Luego de horas de andar, salimos a una pampa abierta, y una luna tímidamente comenzó a salir por el *Puelmapu*, que nos permitió vernos entre nosotros y algo del paisaje. Ahí no detuvimos a descansar un poco, a tomar un poco de respiro para luego seguir.

—¿Dónde vamos, dónde estamos?

Pregunto a alguien.

—Ya vamos cerca ya...

Fue la escueta respuesta de don Moshe. Y continuamos nuestro camino. Serían como como las doce o más de la noche, eso seguramente, porque nadie de los que andábamos teníamos relojes. Eso era privilegio de gente con dinero en esos tiempos.

Llegamos como a las cuatro de la mañana más o menos a nuestras casas, casi a la amanecida. Todos agotados, con sueño y hambre, más

la pesadumbre de que nuestro esfuerzo no haya tenido un resultado positivo. Nuestras ropas mojadas por completo, con la transpiración y el rocío de la noche. Cada uno a sus casas, ya no había más palabras, solo hubo un ¡buenas noches!

Pasaron un par de semanas, el Tata Mañuko le dice a mi padre, que posiblemente los bueyes lo habían llevado para un sector al otro lado del Río Bueno, porque para allá se llevan los animales robados. Eso le habían confirmado unas personas que le vinieron a traer el dato a la casa.

Entonces mi padre armó un viaje con el Tío Fermín y yo. Los tres partimos una día a las cuatro de mañana con rumbo a esas tierras del otro lado del Río Bueno. Llevamos nuestro *srokin*<sup>38</sup>, para el camino, solo lo que pudiéramos llevar consigo por el largo trayecto, infaltable el *mushke* (harina tostada). Nuestra caminata fue todo el día casi sin descansar, para lograr llegar a nuestro destino. Anduvimos cerros, lomas, quebradas, montes. Nos perdimos en algunos puntos y tuvimos que regresar para retomar el camino indicado.

Así llegamos a la ribera del Río Bueno, casi “a la oración”<sup>39</sup>, y ya un poco preocupados por pasar al otro lado. Mi padre gritó fuerte:

—¡Balseoooooo!

—¡Balseoooooo!

Al otro lado respondió alguien:

—¡Allaaaá voooooy!

Y esperamos. Al rato después venía un botero dando remo a su embarcación que nos trasladó hacia el otro lado. El mismo botero nos indicó que más arriba había una señora que tenía una casa grande y ahí podía dar alojamiento.

Nos dirigimos hasta allí. Y nos atendió un fulano, que nos preguntó:

—¿Quiénes son ustedes y qué andan haciendo por aquí?

---

38.— Srokin: cocaví, vianda, comida para el viajero.

39.— A la oración: concepto usado en el campo, que definía la hora o espacio de tiempo en que se ponía el sol durante el atardecer.

Mi padre le contó en qué andábamos, y por eso le pidió que por favor le diera alojamiento en algún rincón.

—A bueno, le voy a decir a la patrona.

Dice el hombre y entró para la casa y se demoró en aparecer. Se escuchaba adentro unas risas y voces de más hombres, y nosotros sentados afuera comenzábamos a sentir el frío de la noche que se dejaba caer en esas lejanas tierras en la cual estábamos. Nuestros músculos ya reposados comenzaban a sentir el peso de la caminata y la transpiración se enfriaba en nuestros cuerpos. Esperamos en silencio, hasta que de tanto salió una mujer madura, con voz enérgica, nos habla de arriba del corredor:

—¡Buenas tarde!, ¿en qué andan los amigos por estos lados?

Mi padre, le explica en lo que andábamos, para que entendiera bien que no éramos personas de extrañas actitudes, y que andábamos en tales diligencias por estas tierras.

La señora, nos miró, dio una vuelta y enseguida nos dijo:

—Pasen para adentro entonces.

Mi padre le dice:

—Le pagamos señora el alojamiento y la comida que nos pueda dar.

—Pasen, pasen no más después arreglamos...

Nos dice finalmente, y pasamos a una casona amplia, con un comedor grande, donde había una mesa también grande, sillas y sillones en las esquinas, donde estaban sentados tres hombres más que estaban tomando chicha de manzana. La casa se alumbraba con esas lámparas a parafinas que usaban antes las personas que tenían recursos. La lámpara alumbraba tanto como el ruido que hacía.

Al entrar, los hombres que estaban ahí muy cordiales se pusieron de pie para saludarnos.

—Hola amigos, ¿cómo les va? Tomen asiento por aquí. Siéntanse como en su casa. (Risas)

Nosotros tímidamente tomamos asiento. La señora nos indica que nos sintamos cómodos y que no nos preocupemos de nada, y que en

seguida prepararía algo para la cena. Mientras tanto los hombres que estaban ahí, no sirvieron un vaso chicha. Y dice uno de ellos:

—Al amiguito aquí, que tome un poquito no más, porque es un niño todavía.

Los hombres conversaban de todo, y se reían de ellos mismos, de sus aventuras, de sus chascarros. De pronto uno se levantó de su asiento y dijo:

—Yo me voy. Tengo que llegar a mi casa, y mañana hay que trabajar. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! Te vas a tu casa sipo, no te vas a perder como la última vez (risas).

Uno de los hombres contó que tuvo un accidente. Iba en un camión que se dio vuelta y aparte de haberse quebrado una pierna, perdió un testículo, y por eso había quedado chiclán. Pero igual tuvo cinco hijos, según su relato. Todo era una sola carcajada de risas con la narrativa de este hombre.

Luego la señora dueña de casa trajo la cena. Era una olla con carne, más papas cocidas y un tiesto de greda con picante, que además tenía unas cebollas picadas a la pluma y huevo batido. Fue una comida de reyes para mí esa noche, por lo sabroso de todo lo preparado. Comimos hasta más allá de saciarnos, porque a medida que disminuye un poco nuestro plato, la señora nos servía otro trozo de carne o papas, más unas tortillas que había en una bandeja. Mi padre me decía en secreto:

—Tanta comida, cuánto nos irá a cobrar, y no ando trayendo mucha plata.

A mí me llegó el sueño, me daban vueltas los ojos, la cabeza, era el cansancio y además la opípara comida que nos habían dado. Lo único que quería ahora era acostarme en algún rincón y dormir. Pero los comensales estaban en su pleno apogeo, mi tío y mi padre también. La chicha algo le había hecho efecto, así la conversación se puso más interesante a cada rato para ellos.

De pronto la señora, se dio cuenta de mi situación.

—Ahí hay un aloja'ó que está cura'ó y hay que acostarlo pa' que mañana esté bien para que siga su camino.

La señora nos mandó a acostarnos a todos, porque los caminantes necesitaban descansar para continuar al otro día el viaje. Tenía preparadas unas camas en las cuales antes de acostarnos ya estábamos durmiendo. El Tío Fermín se tendió encima no más, él no tenía costumbre de dormir en cama.

Al otro día temprano mi padre me despierta. Me costó mucho levantarme, parecía que había pasado una pesada máquina sobre mi cuerpo, por efecto de la larga caminata, me dolían todos los músculos, hasta el pelo. Tomamos desayuno y mi padre le preguntó a la señora, ¿cuánto nos iba a cobrar? y ella simplemente dijo:

—Nada caballero. Nada, porque han perdido tanto en busca de sus bueyes. Yo solamente hago una pequeña colaboración. Solo que les vaya bien no más y puedan regresar bien a sus casas.

Mi padre insistió en pagar, pero la señora no recibió el dinero. Y nos fuimos tras nuestro objetivo. Recorrimos lugares, incluso unas casas patronales y nada. Llegamos a un retén de carabineros, de “Las Trancas”, decía un letrero. Finalmente regresamos, antes que se hiciera más tarde para pasar al otro lado del río.

Mi padre pasó a pedir alojamiento donde una parienta, una prima un poco lejana, pero parienta al fin, por parte de la mamá de mi padre. Una familia que vivía como trabajadores donde una tal Bals. La parienta nos recibió bastante bien, con harta comida, conversaron mucho, de los parentescos principalmente. Nombraron a sinnúmero de parientes: primos, tíos, sobrinos, abuelos. Yo me quedé dormido sentado escuchando esa enmarañada genealogía que yo desconocía.

Al otro día muy temprano salimos de nuevo para continuar con nuestra misión encomendada. Nos dieron un dato que en un monte de un tal personaje solían esconder animales robados. Nos metimos en ese bosque, tenía cada escondite decía mi padre, pero no encontramos nada. Había otros animales pero nada de nuestros bueyes.

A esas alturas las piernas ya no obedecen el mandato del cerebro, también el hambre comienza a socavar las energías de estos humanos caminantes. Yo ya me siento a descansar a cada diez metros subiendo el cerro montañoso. El Tío Fermín, como que no se le da nada, camina

no más, no se cansa, tampoco dice que tiene hambre. Mi padre dice que ya tiene hambre y debe estar ya cerca o más allá del medio día, y no tiene dinero tampoco, porque le había pagado todo al botero.

Llegamos a la altura del cerro de tanto, pasamos a una casa que había cerca del camino, para comprar pan. Salió una señora de edad:

—¿Qué desean los caballeros? Preguntó desde la puerta.

—Nos puede vender un pancito señora, ya que andamos sin comer. Andamos hartos días detrás de un robo de bueyes que nos hicieron, allá por Cumileufu, que queda más allá de Pucopio.

Eso le dijo mi padre para que se compadeciera de nosotros y nos diera un pan, porque tampoco había como pagar.

La señora se rió un poco y respondió:

—No tengo na' de pan, recién estoy haciendo masa. Mientras se liude y después cocerlo va a demorar mucho. Lo único que le puedo dar es un quesito que me queda.

—Lo que tenga no más señora pa' comer algo.

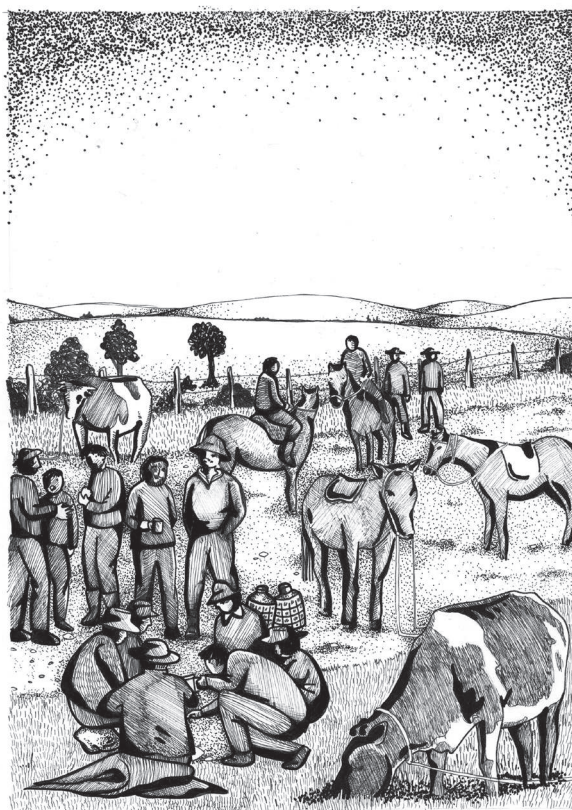
Dijo mi padre, y recibió un quesito redondo, que parecía un platito. La señora tampoco cobró por el queso. Así que agradecemos y nos despedimos y, al llegar al camino, mi padre repartió el quesito en tres pedazos y lo comimos, sin nada más, sin pan ni otro acompañamiento. Todavía quedaba mucho camino de regreso, eso significaba un largo viaje. Serían horas interminables y las distancias parecían que se alargaban más allá de lo normal.

Después de un par horas, nadie dice una palabra, solo cuando se encuentra otro viajero en el camino, se saluda. Nada más. El cansancio, el hambre y las ansias de llegar pronto van royendo las energías del cuerpo, hasta llegar casi de noche a nuestras casas. Y sin ninguna noticia buena.

—El largo viaje ha sido solo de balde.

Dice mi padre cuando regresamos, dando un corte final a la misión, después de tres meses de búsqueda.

## El robo de la yunta de bueyes (Parte 2)





**H**abían pasado varios años desde el primer robo de los bueyes del Tata Mañuko. Ya se había armado de otra linda yunta de bueyes, con las cuales realizaba todas sus labores productivas en su predio y que prestaba también a los vecinos para que realicen sus cultivos de chacra.

En esa época el abigeato había aumentado a una situación catastrófica en estos sectores rurales de la Costa. Los cuatreros estaban tan organizados que era difícil alcanzar los robos, además que eran poderosos, tenían gente en los mismos lugares, principalmente gente joven y no tan joven, que por un par de monedas le robaban a sus propios vecinos. Luego recibían un diez o un veinte por ciento del valor total. Entregaban los animales a otros arreadores y estos finalmente lo hacían llegar a los mandamases de la organización delictiva. Finalmente vendían o engordan en predios que destinaban para ello.

Los ladronzuelos del mismo sector, ayudaban al rastreo después. Muchas veces organizaban señuelos para confundir a los dueños y a los rastriadores, con huellas de otros animales para así enredar la búsqueda y enviarlos a otros sectores y perder finalmente las pistas.

Los vecinos se habían organizado también frente a esta calamidad que afectaba a todos los que con esfuerzo criaban sus animalitos, ovejas, cerdos, vacunos y caballares. Por tanto, se hacían rondas en la noche, en los alrededores de los corrales, haciendo turnos entre las personas de una misma familia.

Así fue que en una noche clara de luna, mi padre le correspondió el turno de las nueve a las doce de la noche ese día, y se fue a dormir,

y a mí el turno de las doce a las dos de la mañana. Porque más allá de esa hora ya no actuaban los cuatreros, venía el amanecer.

Con mi perro “El Pulgoso”, dimos un par de vueltas por el alto y otros cierros cercanos. El Pulgoso era un perro lanudo de orejas largas y de color pardo, pero más que guardián era un compañero, si es que daba un ladrido era mucho, pero no daba ninguna garantía de enfrentar algún peligroso contrincante. Hasta dormimos arriba de unos troncos, porque la noche estaba bastante cálida. No había ningún movimiento, ni caminantes furtivos tampoco. Solo lejanos ladridos de perros, de esos ladridos que son como terapia de los perros, sólo ladran. Puede que les ladren a caminantes imaginarios.

Habían dado ya las dos de la mañana. No se percibía ningún movimiento anormal, ni los perros de los vecinos que ladraban con furor, cuando había movimiento de personas o animales extraños. Así que le dije a mi perro:

—Ya Pulgoso nos vamos para la casa... A dormir se ha dicho.

Y nos fuimos a la casa. Bueno, no alcance a meterme en la cama ya estaba durmiendo a patas sueltas. Pero como si hubiese recién cerrado los ojos cuando se escucha que alguien toca la puerta y con mucha insistencia. Mi madre se levanta y mira por la ventana y pregunta:

—¿Quién es? ¿qué quieren?

Afuera se escucha una voz, que dice:

—Soy Miguel y le aviso que robaron los bueyes al papá.

—Ay qué desgraciados esos ladrones.

Dice mi madre, y se levanta para despertar a mi padre y a mí. Eran las dos y media de la mañana, la luna todavía estaba en su pleno apogeo iluminando el paisaje nocturno de Cumileufu. Se escuchaba ahora el ladrido de perros por todos lados.

Al instante llegó un primo del Tío Miguel con un pequeño revólver a la cintura y un machete.

—Nos vamos adelante: — dijeron ellos y me invitaron.

Alcancé a ponerme mi camisa de trabajo y una chaqueta también vieja, más mis botas de goma recortadas. El camino sería largo, eso no se sabía. Puse un pedazo de pan en el bolsillo de la chaqueta y salimos caminando a todo lo que nos daban nuestras piernas siguiendo el rastro de los bueyes que iban fresquitos.

Llegamos al cruce Panguimapu, ahí estaba un carretero que nos dijo que encontró la yunta de bueyes bien abajo, promediando una hora más o menos.

—Ahí encontré la yunta de bueyes. Lo llevaban uno de a pie y uno de caballo.

Proseguimos nuestro trote hasta llegar a Pullaullau. Ahí como que nos perdimos un poco porque separaron los bueyes. Los tres seguimos hacia el cerro mirador tras un rastro, pero dejamos un mensaje a una persona del lugar que si llegaban los de acaballo siguieran hacia Chanco, porque por allá iba otro rastro.

Comenzamos a subir el cerro, no sentíamos casi el cansancio, la transpiración corría por nuestros cuerpos como en forma de ducha. Sentía que mi vieja camisa se comenzaba a desgarrar en el cuerpo por efecto de la transpiración. No sé cuánto demoramos, pero llegamos antes de que saliera el sol arriba del cerro, y ahí encontramos un rastro de una yunta de bueyes que iba por el camino, la seguimos a todo trote hasta que le dimos alcance. Era un residente del lugar que iba a realizar un cultivo en un predio vecino.

Así que regresamos con la misma velocidad antes de que la gente del sector sacará sus animales. Teníamos la intuición de que estábamos muy cerca de alcanzar nuestros bueyes. Al llegar al cruce donde habíamos encontrado el rastro apareció un habitante de esos lados al que a la primera nos dice:

—Ustedes deben andar detrás de un robo...

—Así es.

Le dijimos jadeantes.

—Le voy ayudar a buscar, porque en esas quebradas siempre esconden animales.

Eso nos dijo la persona que encontramos y nos pareció muy buena gente, de apellido Neipan. Se encargó de inmediato de parar una arrea de animales que estaba sacando de un corral a otro vecino del lugar, que andaba a caballo. Y le grita:

—¡Hey!!! ¡pare! ¡pare!, amigo sus animales para que no borren el rastro por aquí...

El dueño de la arrea de animales, parece que no le gustó mucho la idea, que lo pararan, porque no dijo una palabra, ni saludó tampoco. Así que echó sus animales hacia el otro lado del camino gruñendo unas palabrotas. Y nosotros bajamos hacia una quebrada y pudimos ver la huella de un animal vacuno que se resbalaba en la bajada, hasta que debajo de una frondosa quila que lo sostenía un robusto maqui en forma de techumbre natural, ahí debajo estaba el buey amarrado al tronco del maqui.

Bueno, aquí gritamos con todas las fuerzas:

—¡Encontramos al buey!!!

El Tío Jorge sacó su revólver e hizo unos disparos al aire. Luego con el Tío Miguel, el Tío Jorge y el amigo Neipan que nos ayudó, desatamos el buey y lo sacamos para el camino. Íbamos llegando al cruce del Mirador, cuando aparecieron los demás, que era un grupo de alrededor de quince personas de a caballo y de a pie, con el otro buey, que lo habían encontrado cerca de Quitra Quitra, según nos dijeron. Todos contentos, algunos blandiendo sus machetes y diciendo que se hubieran alcanzado a los ladrones les hubieran dado una paliza de esas para que no se olviden nunca más, por haber robado los bueyes de Don Mañuko.

Ya era cerca del mediodía cuando terminamos de comer, que era pan y carne con ají que se comía en estas funciones y la corrida de chicha de manzana, que se sorbía con todo el deleite del paladar, que ayuda a la digestión de la comida y renovaba las fuerzas para iniciar el camino de regreso a casa y satisfecho de la tarea cumplida.

## La cosecha de papas en Lafquenmapu





**L**a Abuela Flora, tenía un terrenito en Lafquenmapu, una herencia que le había dejado su padre, y como no podía quedar la tierra así botada, el Tata Mañuko le sembraba papas en la vega, y trigo en la loma, para mantenerla ocupada. Pero esta vez el motivo era la saca o cosecha de papas. Ya era el mes de mayo, donde el otoño llegaba para quedarse con sus heladas y sus neblinas, y era el tiempo de cosechar las papas de la vega, porque como son sembradíos más tardíos por el suelo húmedo, la cosecha obviamente era más tarde.

Salimos después del almuerzo de la *sruka* de Cumileufu, con dos carretas. El Tata Mañuko pidió prestada una más porque la cosecha iba a ser cuantiosa, seguramente. Uno como niño, nunca preguntaba esas cosas, solamente se hacían. Se cargaron las herramientas, como gualatos, hacha, una murrera, sacos vacíos y una bolsa harinera donde iba carneada una oveja entera, más harina para hacer pan, condimentos y otros implementos como ollas, teteras, baldes, etc.

En la *sruka* quedó de casero el Tío Miguel, él se encargaba de rodear los animales, de darle comer a los chanchos, pollos, cuidar los cajones de abejas. Y nos fuimos a la cosecha de papas, el Tata Mañuko, la Abuela Flora, el Tío Fermin y el Juvenchu, un sobrino del Tata Mañuko.

Fueron como cuatro horas de viaje, atravesando esteros, lomas, abriendo y cerrando trancas. Por fin llegamos al lugar donde estaba la chacra de papas, ya casi oscureciendo.

— Llegamos a la “oración”, dice la Abuela Flora. Rápidamente nos mandan a buscar leña para hacer fuego, porque el frío de mayo entraba a calar los huesos a esa hora, los más adultos sueltan los bueyes en un cierra cercano.

Claro que ahí había una especie de rancho, un par de palos parados, con algunas tablas que todavía no habían caído por el deterioro del tiempo y una media techumbre de junquillo, que el viento había dejado bastante revuelta. En esa quejumbrosa estructura el Tata Mañuko ágilmente busco unas ramas que fue colocando como paredes hasta que logró cerrarla casi por completo, dejando una especie de puerta abierta para entrar y salir cómodamente. El sobrino Juvenchu buscaba troncos secos para tener fuego toda la noche. La Abuela Flora hervía agua en su tetera para hacer café, como para pasar el frío otoñal y enfrentar la noche que vendría muy helada.

Un pedazo de *leuka*<sup>40</sup>, un jarro de café de malta, más un trozo de pollo escabechado, fue el inicio para pasar el hambre, el cansancio de la caminata, el armado del campamento, mientras la Abuela Flora prepara en su olla de fierro la cena de la noche. El fuego arde soberanamente y entibia cariñosamente las manos.

La noche estaba totalmente clara, ni una nube, y una luna que comenzaba surgir del *Puelmapu*, grande, redonda, como si nos mirara a todos lo que hacíamos. Esta noche va caer helada — dice el Tata Mañuko. Hay que hacer buen fuego no más — dice el Tío Fermín.

Ya no había más que hacer, solo sentarse a la orilla del fogón, el Tío Fermín le ayudaba pelar papas a la Abuela Florinda. Eso ya era como las diez de la noche, quizá, nadie se preocupaba de la hora. La única preocupación era que había que esperar la cena. La Abuela Flora sofríe en manteca el ají cacho de cabra, que hace picar la nariz, enseguida coloca el ajo y la carne, dándole al ambiente un olor delicioso que abre el apetito. Una vez puestos todos los ingredientes, la olla comienza su función de cocimiento de la sabrosa cazuela de oveja, y a esperar.

La espera se hace corta, con las aventuras contadas por el Juvenchu, que la Abuela Flora entre sus cocinamientos y su tejedura de medias que lo hace casi como una terapia, para estar haciendo algo en espera del milagro de la olla, va diciendo a cada término de los chascarros:

---

40.— Leuka: tortilla al rescoldo.

—Que mentiroso este Juvenchu.

El Tata Mañuko expresa solo sonrisas, entendiendo que el narrador solo cuenta puras mentiras, pero que hace reír a carcajadas al Tío Fermín.

Finalmente el Tata Mañuko dice:

—Esto debe ser a la media noche ya.

—Si, — dice la Abuela Florinda — y hay que cenar.

Y comienza a servir los platos humeantes de cazuela. El Tío Fermín con un *koleu*<sup>41</sup> seco lo usa como antorcha para alumbrar el reparto de la comida, y cada uno de los comensales se va sirviendo un plato rebosante de un delicioso cocinado y un trozo de *leuka*. Casi todos en silencio, solo se escucha el sorber y masticar de los hambrientos convidados.

Con el estómago satisfecho, cada cual se acomoda en su rincón o espacio para dormir, alguno a salido afuera de la rancho para realizar sus propias necesidades, y luego vuelve al fogón a tomar su espacio. El colchón cama es el mismo suelo, se tienden unos sacos y de tapa se usa el *maküñ*<sup>42</sup>. El Juvenchu usa de cobija su propio cuerpo, acostumbrado a quedarse dormido en cualquier parte del campo cuando se emborracha, ahora tiene un techo y un fogón a sus pies. El Tío Fermín, él duerme sentado, está acostumbrado así. No usa cama. Así todos nos vamos quedando dormidos, con el silencio de la noche, a veces interrumpidos por el ladrido de algunos perros a la distancia, el graznido de alguna ave nocturna o la risa del *Kon kon*<sup>43</sup>, y luego el sueño hace su entrada triunfal al improvisado campamento. Pero el frío nocturno no permite un plácido dormir, como en una cama de verdad, con mil vueltas por el frío que se colaba por todos los rincones de la choza, y unos bichos que de repente corrían por el cuerpo, solo los pies gozaban de la tibieza del fuego, que era atizado por los huéspedes cuando faltaba la leña.

---

41.— Koleu: refiérase al colihue o quila.

42.— Maküñ: manta o poncho

43.— Kon kon: buho

Amaneció y hay que despertarse. El Tío Fermín, pone unos trozos de leña al fuego para avivarlo, y al salir a fuera, nos encontramos con un espectáculo casi blanco, que nos estremeció el cuerpo, había una escarcha de esas que atemorizan salir a caminar. Donde las manos, la nariz y las orejas reciben el primer golpe de frío. Ya el sol apuntaba con sus rayos, pero ese sol de mayo temeroso que no se nota absolutamente nada con la helada que teníamos enfrente.

La Abuela Flora prepara rápidamente el café, calienta la olla porque había sobrado comida de la cena y dice:

—venga comer *asremtu!*

—que delicia es eso, calienta el estómago y fortalece el cuerpo y el espíritu para enfrentar el trabajo que se avecina esa mañana.

En eso estamos cuando el Tata Mañuko dice:

—vienen llegando *koipu*<sup>44</sup>.

Era verdad, atravesando la vega venían caminado dos *wentru*<sup>45</sup> con sus gualatos al hombro. Llegaron el Juañique y el Cheu, ambos sobrinos de la Abuela Flora. Después de los saludos correspondientes se les sirvió comida y café de malta.

El Juvenchu, ya estaba en la melga sacando papas. El Tata Mañuko me pasó un gualato de palo, no me gustó mucho la idea porque yo quería uno de esos que usan los adultos, gualatos de fierro. Pero el tata Mañuko me miró y dijo:

—Ese pa' que aprendas a sacar papas, si te paso el de fierro vas a sacar puras papas pica'.

No entendí mucho el asunto así que me fui a una melga y comencé a la saca de papas. Claro igual con el gualato de palo pinchaba las papas. Era cosa de aprender cómo se utiliza esa herramienta para sacar las papas sin dañarlas.

Después de una hora, el dolor de mi cintura ya no lo soportaba, y las manos congeladas con el frío, no las sentía, era como que estuvie-

---

44.— Koipu: se le dice a los ayudantes de cosecha.

45.— Wentru: hombre

ran muertas. Los demás habían terminado una melga completa, que medirían unos cincuenta a sesenta metros de largo y yo todavía no iba ni en la mitad de una. Parecía interminable, ya al final iba terminado casi de rodillas. Los demás de pasadita me decían cosas en tono jovial, como por ejemplo:

—Parece que se le fue en collera la melga al *koipu*.

El Tata Mañuko, viene a mi melga, mira mí sacada de papas, y me dice:

¿y no sacaste ayuntu<sup>46</sup>?

—No — le dije —.

—Aquí todos los *Koipu* tienen que llevar sus *ayuntos* después de la cosecha. — Me dijo finalmente.

Así que comencé a separar mis papas más grandes que iba encontrando. A esa hora también me di cuenta que los demás iban a cierto tiempo al fogón, y era que enterraban papas en la ceniza y después se la comían. El Tío Fermín me trajo una, que estaba muy sabrosa. Después fui también a enterrar las mías para comérmelas antes del almuerzo.

Al medio día, la Abuela Flora, grita: — ¡¡¡al Rancho!!!

Todos dejamos nuestros gualatos en la melga y nos dirigimos a la Rancho, afuera algunos sentados en unos troncos, otros adentro, nos servimos un sabroso estofado de oveja, con un mallo de papas recién cosechadas, más una ensalada de cole y finalmente un vaso de chicha como bajativo. Un buen descanso y luego de vuelta a la saca de papas.

Aquí las horas eran extremadamente largas, yo quería que pasaran luego, pero eran interminables igual que las melgas de papas. De repente te llegaba una pequeña papa por las orejas, miraba y no veías al culpable, de reojo trataba de ubicar al picaron que me tiraba las papitas chicas. Pero era imposible. A veces estoicamente de pie con el

---

46.— Ayuntu: se le define a la papa de mayor tamaño que se cosecha. El ayudante se lleva todas las más grande a su casa como una especie de pago por la ayuda.

gualato, a ratos también con una rodilla en el suelo, porque la cintura parecía que se me cortaba.

El Tata Mañuko era un personaje afable, cariñoso y podía quedarse sin comer para darle a otro, pero en el trabajo había que trabajar, no había tiempo para flojear. Decía:

— el flojo siempre va a ser pobre, y a mí me da rabia con esos que son medio flojón. Por tanto, había que ponerle empeño aunque sea arrastrándose.

La Abuela Florinda, después de lavar sus platos, que eran algunos de porcelana, otros de greda y sus ollas, se iba también a las melgas, para la recogía de las papas, porque no podían quedar botadas a la intemperie en la noche, había que ensacarlas y taparlas con ramas, para que no se hielan. Los *Koipu*, recogían sus *ayuntos* y luego las papas para el dueño de la cosecha. El Tata Mañuko había construido una especie de ramada, para guarecer los sacos de papas de las intensas heladas que se dejaban caer en el mes de mayo.

Pasamos una noche más, al segundo día me fue más difícil poder despertar, estaba tan agotado, y me dolía todo el cuerpo como si me hubieran dado una paliza. Me levanté de mi cama de rey y sentí un olor que era algo extraño pero apetitoso al mismo tiempo. Ahora había un fuego afuera de la ranca y el Tío Fermín tenía unas cosas raras encima de las brasas de su fuego, que sonaban con el calor.

— ¿Qué es eso? — pregunté.

— Esos son camarones — dice la Abuela Flora.

Los camarones eran unos bichos que se encontraban en el riachuelo que pasaba ahí al lado de la chacra, y era cosa de buscar porque había mucho debajo de los troncos y cuevas a la orilla del estero, que estaba lleno además de pitras<sup>47</sup>. Por eso el Tío Fermín cuando hizo el reparto de sus camarones, alcanzó como de a tres cada uno. Yo los miraba, me daba cosa comerlos, pero había que hacerlo. Con el primero que comí ya el segundo y el tercero quedé pidiendo más.

---

47.— Pitra: patagua.

Si te gustaron, busca en el estero —me dice el Tata Mañuko—. Pero primero tenemos que desayunar y a sacar papas, y después podremos buscar camarones.

Esa mañana se hizo larga, tediosa en ciertos momentos, pero yo tenía en mente de ir a sacar camarones, los camarones para comerlos. Entonces tenía que demostrar avance en la saca de papas. Mi cintura me dolía, mis manos estaban congeladas y eso que había sol. De seguro que avancé como nunca esa mañana, casi iba a la par por lo menos con los más lentos sacadores. En eso el Tata Mañuko, va a mi melga y va revolviendo la tierra que yo había escarbado y con su gualato va encontrando papas, y dice:

—Parece que está quedando la mitad de las papas en la melga. Vas a tener que repasar todo de nuevo.

Esa indicación me dejó desorientado y medio avergonzado, porque no estaba haciendo bien mi trabajo y no estaba ganando su voluntad, para que me dejara ir a buscar camarones. Así que volví sobre mis pasos y comencé a rebuscar y claro no era tanto, pero había papas grandes que habían quedado en la melga. Eso me sirvió para ser más minucioso en sacar papas.

Finalmente, cerca del mediodía el Tata Mañuko, pasó por mi melga, puso su mano sobre mi hombro y me dijo despacito:

—Ahora anda a buscar tus camarones.

Que me dijeron, salí disparado hacia el riachuelo, había que sacarse las ojotas y remangarse el pantalón. Pero esa agua estaba tan fría, tan fría que se congelaron mis piecitos al primer contacto. Ahí estuve varios minutos de indecisión, si me metía al agua o me olvidaba de los camarones. En eso llegó el Tío Fermín y sarcásticamente se agacho a la orilla del estero, metió su mano en el agua y sacó un camarón. Cómo sabía dónde estaban. Yo no veía ninguno. Quise hacer lo mismo, metí mi mano en el agua donde había unos hoyitos y sentí el pinchón en un dedo o más bien como una mordida, sacando mi mano a toda fuerza, alguna extraña cosa se me había salido pegado a mi dedo, y el

Tío Fermín se echaba para atrás riéndose. Era un camarón pegado a mi dedito entumido de frío, que con el sacudón que le di a mi mano voló lejos para la chacra, para suerte mía y fue el único que saqué ese día y me lo comí solo. No me atreví a sacar más camarones ese día.

De la chacra ya quedaba menos de un tercio esa tarde, así que el Abuelo Mañuko ya estaba más tranquilo, pero había que apurar igual el trabajo para alcanzar recoger y ensacar, y regresar al otro día temprano a la *sruka* de Cumileufu. Serían tres días y tres noches fuera de la casa, pero la cosecha era buena hasta el momento y eso tenía contento al Tata Mañuko, por eso casi al finalizar hace unas corridas de chicha para alentar a los *koipu* y espantar el frío.

La chicha de manzana es un brebaje típico de los campos williche, a veces acompañada de harina tostada o pura. Los trabajadores reciben el jarro de chicha como si fuera un premio que se bebe de un solo sorbo, gesticulando frases y muecas dando a entender el deleite por la bebida ingerida.

Se apilan los sacos de papas en la ramada, se cuentan una y otra vez y se marcan los sacos, las que son las “comederas”, “las semillas” y las “chancheras”, en total dan para tres carretas llenas — dice el Tata Mañuko:

— voy a tener que dejar encargada una carga por ahí. La vendré a buscar otro día.

Se carga la carreta de inmediato y se dirige donde el sobrino Cheu para adelantar el trabajo y dejar esta carga encargada en su bodega. Con este servicio además el Cheu quedará con un saco de papas a su favor.

Cenamos ya más tranquilos esa noche, con la idea de volver a casa. La cena fue pankutras tiradas a la olla y trozos de carne y unos vasos de chicha. Luego a dormir ya casi acostumbrados al espacio y sus comodidades naturales que ofrecía la ranca de ramas y junquillos, distinto sería si nos hubiera llovido, pero no fue así.

Al otro día muy temprano, nos pusimos a levantar nuestro campamento rápidamente, porque luego por la tarde vendría la lluvia, las

heladas se habían subido y eso sería un inconveniente para nuestro camino de regreso. Pero alcanzaremos a llegar antes si nos apurábamos, aunque el viaje será más lento por la carga que llevarán las carretas. El desayuno fue un manjar de los dioses, con *asremtu*, café y tortillas. Luego ayudamos a lavar las ollas, los platos, amarramos los baldes a la baranda de las carretas, los gualatos al hombro y emprendimos el regreso.

Azuzamos con los gritos al “Chivato” y al “Mancha’o”, al “Clavel” y al “Bonito”, nuestras yuntas de bueyes que nos llevaran de regreso con la cosecha de papas de Lafquenmapu, que nos permitirá alimentarnos por varios meses, especialmente cuando llegue el *weshante*.



## El Tata Mañuko y su última cosecha de trigo con trilladora





**L**a cuesta del Abuelo Pancho era muy jodía, ahí con seis yuntas de bueyes sujetaban el locomóvil, más cuatro yuntas para la trilladora. El locomóvil era más conocido en el campo como el “motor a vapor”. Este era una mole de fierro de color negro con una larga chimenea, que parecía una locomotora de tren, bueno tenía el mismo principio, por tanto, para trasladarlo de un lugar a otro no era una tarea fácil. Con seis yuntas de bueyes para tirarlo y para bajar las cuestas una sola yunta adelante y las otras cinco atrás para frenarlo, aunque igual tenían unos frenos en sus ruedas, pero no eran suficientes en estos angostos y sinuosos caminos vecinales.

Era la década de los sesenta del siglo pasado, todo había cambiado después del gran terremoto, hasta las visiones de las personas en el campo. Si antes de eso la gente no robaba. Los animales quedaban a campo abierto, en los caminos, pero nadie se ocupaba de cuidarlos. La única preocupación era que no se fueran lejos y/o en el invierno que no cayeran a las quebradas. Después de ese periodo llegaron los *weñeju*<sup>48</sup>, que se llevaban todo lo que encontraban, dejando en la miseria a las familias, hasta en las huertas se robaban las papas, los ajos, lo que podían llevarse.

La madre tierra daba todo lo que se sembrara, trigo, papas, arvejas, hortalizas, hasta huertos de frutales con manzanas, cerezas y otras frutas. Todo se sembraba sin abono, no era necesario, además el clima era benigno. El Tata Mañuko en más de alguna oportunidad decía, “sobró papas este año, voy tener que darle todo a los chanchos”. Eran buenos tiempos, claro que también habían malos, cuando había sequía

---

48.— Weñeju: palabra que dice del ladrón.

o cuando pasaban esas grandes lluvias que inundaban todo. Por lo menos eran unos 15 días de lluvias sin parar.

En la década de los cincuenta y mediados de los sesenta, estas tierras precordilleranas de la costa de Osorno, eran un gran granero por la producción de trigo que había. Pero la Ñuke Tuwe<sup>49</sup> se fue cansando, se agotó, y fue disminuyendo su energía productiva.

Las familias trigueras sembraban pampas y lomas enteras de trigo castaño<sup>50</sup>, seis, diez hectáreas. Por tanto, eran semanas y meses de siembra y cosecha. Entre estas familias estaba el Tata Mañuko, cultivaba todas sus lomas con trigo y sus bajos y vegas con cultivos de papas. Por tanto, entre enero, febrero y marzo, eran los meses de la cosecha de trigo, porque tanto las máquinas para la cosecha, como la gente que participa en las labores, se tenían que hacer una especie de calendario, para no toparse con otro cosechero y luego poder ayudarse recíprocamente.

Desde la distancia se escucha la algarabía de los bueyerizos<sup>51</sup>, quienes entre muletillas, interjecciones, van animando a sus bueyes, y acercándose al lugar de “la era”<sup>52</sup>. Ahí están los ayudantes para instalar las máquinas, donde se procede con todo un protocolo que está cimentado en la costumbre y el conocimiento de hombres y mujeres de la tierra. Para hacer “la era”, tiene que ser un lugar plano, firme, accesible y limpio, donde haya espacio suficiente para efectuar todo el movimiento que implica la llegada de las carretas con las gavillas de trigo, la instalación de las máquinas, la trilla misma y el lugar para

---

49.— Ñuke Tuwe, dentro de la cosmovisión williche, se refiere a la madre tierra dadora de frutos (la que nos da el alimento).

50.— Trigo castaño, era una especie de trigo rústico que se producía en estos suelos costeros.

51.— Bueyerizos, son las personas que conducen o guían los bueyes, con una garrocha o también llamada picana.

52.— La era, lugar donde se hace la trilla de cereales: trigo, centeno, arveja, etc.

dejar el muelle de paja. Importante variable en este trabajo es el viento, para que favorezca la limpieza del trigo.

El dueño de las máquinas, da instrucciones, se destinan las herramientas necesarias, se nivela el suelo para el locomóvil y la trilladora, que se ubican a una distancia entre unos quince a dieciocho metros, entre ambas máquinas, según el largo de la correa. Esa tarea lleva un par de horas por la complejidad de ambas maquinarias, el locomóvil que es de un par de toneladas de fierro, con sus poleas de dos metros de diámetros aproximadamente, su fogón y su chimenea de cuatro metros de altura, todo ello se ve imponente en el espacio de “la era”. Por otra parte la trilladora, es un armatoste de madera, con una altura de dos metros y medio, y de largo, unos seis metros más o menos, con un sinnúmero de poleas, por ambos lados, correas, engranajes y accesorios que permiten desgranar el trigo de las gavillas y aventarlo a la vez, y unas gavetas donde sale el trigo limpio para ser ensacado.

Mientras tanto, de madrugada después de un reconfortante desayuno había comenzado la siega del trigo, en una loma que tenía aproximadamente unas diez hectáreas. Estaban los “tarieros”<sup>53</sup>, que con sus echonas ágilmente apostaban quien o quienes terminaban primero en sacar su “tarea”, que siempre los mejores lo hacían como a las tres de la tarde, después de almuerzo, otros ya caída la tarde. La siega del trigo lo hacían hombres y mujeres, estaban por su puesto los “tarieros” y los que trabajan al día, más las personas con sus carretas y bueyes, el dueño de las máquinas con sus ayudantes y por su puesto la Abuela Flora con un séquito de ayudante en la cocina. Aunque gran parte del trabajo se había realizado el día anterior, inclusive ya habían dos carretas con trigo listas para la trilla.

La cocina o más conocido como el “rancho”, no estaba en la sruka, sino que se improvisaba en un campamento cerca de la loma donde

---

53.— Tarieros, personas que asumen un trato de siega de trigo. Denominado “tarea” una porción de unos 75 por 50 varas, unos 2.619 metros aproximadamente.

estaba el trigo, había ahí una puntilla natural rodeada por dos caudalosas y cristalinas vertientes de agua, unos coigues, laureles y quilas establecen la ramada natural. El Tata Mañuko y sus ayudantes habían construido unos mesones y bancos empotrados en el suelo para que puedan comer los trabajadores cosecheros, que alcanzan unas veinticinco a treinta personas en total, para unos tres a cuatro días de cosecha. Dos ollas grandes de fierro de unos sesenta y cuarenta litros aproximadamente, más unos pequeños tambores para el agua caliente, eran los recipientes que estaban dispuestos para preparar los más sabrosos caldos para alimentar a los cosecheros. El pan se cocía en un horno de piedra que estaba en la *sruka*, ahí estaba apostada una ñana<sup>54</sup>, que exclusivamente preparaba la masa y cocía el pan, y un *koipu*<sup>55</sup>, que se encargaba de buscar el pan cuando se requería.

El Tata Mañuko, había carneado una oveja el día antes, por tanto había carne para preparar una rica cazuela para el almuerzo, con papas, arvejas, fideos de masa, hojas de cole y luche, que repondría las energías de los trabajadores, los más glotones podían repetir hasta tres o cuatro platos, según la capacidad de cada uno, el promedio era dos platos por persona, más el medio kilo de pan que se digería cada uno, que consistía en unas dos a cuatro rebanadas de pan amasado cocido en el horno de piedra. Pero antes del almuerzo, como preámbulo del almuerzo, en la entrada de la ramada, había un balde de agua o chicha, y un tiesto con harina tostada, que era la como la entrada, se podría decir, de la comida principal.

Pero como era la comida en las cosechas, obviamente se comenzaba con el desayuno a primera hora, que dependiendo si quedaba comida sobrante de la cena anterior, se servía un plato de “*asremtu*”<sup>56</sup>, luego

---

54.— Ñaña: se le dice a una mujer como expresión de cariño, como hermana.

55.— Koipu: dicese de la persona que ayuda en la cosecha.

56.— Asremtu: comida de la cena que recalentaba en la mañana, conocida también como “ropa vieja”.

el café de trigo o malta, con pan y ají. Como a las once de la mañana pasaban el o los “aguateros” con su balde de agua y su bolsa de harina tostada, donde todos se servían algo así como un tentempié. Llegado el mediodía salía corriendo un muchacho mandado desde la cocina, a gritar a todo pulmón en todos los cerritos de la loma: ¡al raaanchoooo! Luego aparecían de distintos puntos los segadores y “emparvadores” y se acercaban al rancho para el almuerzo. Después de la reconfortante comida, se descansaba una media hora y luego se volvía al trabajo. Tiempo que se aprovecha para hacer una pequeña siesta, otros para hacer sus propias necesidades, y los demás a conversar y contar chascos.

A eso de las cuatro de la tarde nuevamente aparecían los “aguateros”, pero esta vez se llevaba chicha dulce y harina tostada para los cosecheros. Ya caída la tarde, como a las seis a siete, se terminaba la faena y se dirigían al rancho, donde le esperaba la cena, que consistía en una gran ollada de pankutras con carne ahumada. Todos estos preparado se hacían en estas ollas de fierro que para las cazuelas u otros platos, el aliño de preparaba con manteca de choncho, al que se le agrega el ají cacho de cabra, el que se tostaba un poco en la manteca caliente, luego el ajo y luego todo lo demás.

Una vez cenados, como a las nueve de la noche, los trabajadores se dirigían a sus casas, otros se quedaban a dormir en el muelle de paja, si es que ya se hubiera efectuado alguna trilla. Acompañado de unos litros de chicha de manzana. Era un privilegio aquello quedarse a dormir en los muelles de paja, aunque por la madrugada se sintiera un poco de frío.

La siega y la emparva era una tarea que no dejaba tiempo para estar un rato sentado, la misma acción de los demás obligaba a realizar el trabajo sin descanso. El gavillero con su cincha de cuero, que era un mocetón más fornido, gritaba: ¡gavilla!, ¡gavilla!, ¡gavilla! Todos teníamos que correr para llevar las gavillas cortadas por los segadores. Aquí hombres, mujeres y niños éramos los que recogemos las gavillas y se las llevábamos al “gavillero” que las acomodaba y luego las

apretaba fuertemente con su correa y quedaba listo “el atado” que lo levantaba con la ayuda del último emparvador; poniéndolo al hombro y lo llevaba a la carreta que estaba apostada en un sitio estacionada, donde todos los gavilleros con sus atados llegaban y le correspondía la tarea al que le llamaba “el pellejero”. A la carga de gavillas de trigo en la carreta de barandales alto, se le decía la “pellejada”. El pellejero tenía que ser diestro en la acomodación de las gavillas para que no se le cayeran de la carreta. “Se le parió la carreta” —le decían— si ello ocurría, y sería la burla de los demás cosecheros y el doble trabajo de ordenarlas de nuevo, y además que nadie más intervenía.

Las carretas cargadas con sus pellejadas se dirigían luego a la era para la trilla. Aquí esperaban los trilladores, cada cual con su función: “el fogonero” y/o “palanquero”, que podía ser la misma persona, era el responsable de hacer funcionar el locomóvil, con la cantidad de leña correspondiente, la regulación del vapor, que las correas estén bien sujetas en las poleas, y anunciar con el pito del motor el inicio y/o el término de cada trilla. En este mismo lugar estaba el “aguatero”, era quien se encargaba de mantener con agua los tambores que utilizaba el locomóvil para hacer accionar todo ese complejo sistema a vapor, y efectuar el movimiento de las bielas desde el cilindro y las respectivas poleas.

Por otro lado, en la trilladora, las principales funciones estaban en “el cilindrero”, personaje que tenía la habilidad de ir regulando la cantidad de gavillas que se ingresa al cilindro. Este consistía en una boca que estaba en la superficie superior de la trilladora, un cilindro dentado que tenía la función de desgranar el trigo. En la regulación debía introducirse la cantidad adecuada de gavillas para no atorarlo o dejarlo sin nada. “El cilindrero” tenía dos o más ayudantes que con horquetas recibían las gavillas que lanzaban desde las pellejadas. Toda esta labor se hacía de manera muy rápida y con mucha precaución, para evitar accidentes. Hacia atrás de la trilladora estaban los que retiran la paja y la amontonaban en el muelle que iban tejiendo. Delante de la

trilladora, estaban “los ensacadores”, eran los encargados de colocar los sacos en las toberas, recibir el trigo limpio, y los sacos llenos se iban apilando uno al lado del otro para luego coserlos y transportarlos al granero. Claro que con estas máquinas más modernas, son menos las personas que trabajan. Con las máquinas antiguas, por ejemplo con el malacate, todos tenían trabajo en la trilla, se requería de más ayudantes.

El cilindrero, grita desde arriba ¡gavilla! ¡gavilla!, animando a los carreteros, para que no disminuya la faena, porque si falta el trigo, la trilladora zumba muy fuerte y pareciera que se va a desarmar. Todo se hace de manera muy ágil, para que no se vea entorpecida la trilla, para eso cada cual tiene asignada su función.

Una vez terminada todas las carretas con sus pellejadas, viene el relajo, se detienen todas las máquinas, se conversa y se ríen de alguna anécdota sucedida en el trabajo realizado. Donde salen aflorar los apodos de los participantes, al único que respetan es al dueño de la cosecha, pero todo es diversión. Ahí aparecen los nombres de: “el raja tabla”, “el caballo malo”, “el flaco”, “el ataja la chancha”, “el rompe puerta”, “el aborrecí o”, etc.

Han pasado tres días de cosecha, y ya vamos para el cuarto, el Tata Mañuko no se ve muy contento, ya ha carneado cuatro ovejas, dos quintales de harina para el pan, más todos los demás aderezos que acompañan la comida, la chicha y la harina tostada, que es brebaje que vigoriza a los trabajadores cosecheros.

Al medio día del cuarto día, ya se va concluyendo con la cosecha, todo terminará con el almuerzo, se van cosiendo los últimos sacos, se cargan en las carretas y el Tata Mañuko lleva la contabilidad de todos los sacos. Y ya cuando ya se ha anunciado el rancho, el hace una carraspera con su garganta y pide que lo escuchen todos un momento: *A ver, parece que esta va a ser la última cosecha que voy hacer, porque ya no está dando na' el trigo. Un poquito más de la mita' no ma' de lo que había pensa' o, y el gasto no se compensa. La maire tierra ya no da', dicen que ahora hay que sembrar con abono, ese que venden*

*en las tiendas, pero eso es muy caro pa'uno. Yo le agradezco a to' por su compañía, espero que se hayan servío bien, que nadie se vaya sin conformidad. Y ahora lo invito al almuerzo.*

Todos nos miramos, con una interrogante, habíamos visto hartos sacos, pero parece que según las cuentas del Tata Mañuko, las cosas ya no iban tan bien. Se reflejó un poco de tristeza en la mirada de cada uno de los presentes, que solo en coro dijeron: ¡Gracias Don Mañuko!

Y todos en silencio fuimos a merendar el último almuerzo, de la última cosecha.

## La Mamita Flora y su universo





**L**a Abuela Flora o la Mamita —como le decíamos cotidianamente—, era una persona de una edad indefinida, siempre alegre y en su menuda figura expresaba una personalidad, que hiciera que la respetaran toda la gente de alrededor, así como el Tata Mañuko. Rara vez se enojaba, más bien reprendía con imperativo acento doctrinal a quienes cometían alguna acción que no fuera dentro de las buenas costumbres o decían algún impropio delante de los niños.

Como vecina, tenía amistad con muchas de sus pares, mujeres sabias trabajadoras, que se trataban de Ñañas, como la Antuca, la Mashkita, la Meche, la Mako y otras, que se visitaban y se intercambiaban productos de sus propios trabajos, principalmente plantas de flores y semillas de hortalizas. Tomaban mate en largas horas de otoño, invierno, primavera y verano. Acompañados de sus tortillas, o churrascos y huevo frito.

La Mamita Flora, tenía una quinta de frutales en abundancia, también grosellas y “murra alemana”, como le decía ella a la frambuesa, en otro huerto tenía un cultivo de *kinwa* de dos especies (Kinoa), además de zarzaparrilla, frutilla, a parte de las manzanas, cerezos, ciruelas y guindos. Todo un vergel que invitaba con su aroma a cosechar dulzuras de sus huertos.

Un día, por allá por el año 63, llegó a su *sruka* un “Falte”<sup>57</sup>, vendiendo embelecos —como solía decir el Tata Mañuko—. Los Falte eran personajes muy pintorescos, caminantes que recorrían los campos con un canasto en uno de sus brazos, una alforja al hombro y en la cintura o el paletó le colgaban diversas chucherías y baratijas que

---

57.— Falte: vendedor ambulante que recorría los campos vendiendo diversos productos.

ofrecían a cambio de dinero, o algún producto del campo, casi como una especie de trueque, como gallinas, patos, gansos u otro producto que sea vendible y transportable. En el canasto se podían encontrar, peines, adornos, cintas de colores para el cabello, ropas, así también caramelos, tabaco y paquetes de cigarros, mejorales para el dolor de cabeza y alguno que otro artilugio que podían comprar aquellas familias que tenían más dinero, y que solían sacar del morral por la seguridad de que no se lo roben.

Así fue que dentro de sus productos que ofrecía, extrajo de sus alforjas una radio a transistores, de mesa con su antena de cable y cuatro pilas. Se lo ofreció a la Mamita, que lo miraba como si fuera algo venido de otro mundo. Le colocó las pilas y lo encendió y el radio comenzó a tocar música y luego una voz grave que daba la hora y decía: “y ahora vamos a escuchar a Jorge Negrete con su tema: *Me he de comer esa tuna*”.

El Tío Fermín estaba embelesado pegado a la radio escuchando la canción, el Tío Miguel miraba un poco distante, el Tata Mañuko, sonreía y miraba el suelo, y decía entre dientes:

—Esas cosas son pa' los ricos, no ma'.

Y el Falte le ofrecía a la Mamita:

—Mire señora, este artículo lo traje desde Santiago, que es la capital de Chile, para vendérselo a usted. Es una radio transistor donde puede escuchar las novedades de todo el mundo y escuchar a todos los cantantes y músicos que existen.

El Tata Mañuko, pregunta:

—Y esa cosa ¿canta todo el día?

—Si mi caballero, noche y día. Se llaman radioemisoras las que transmiten. Unas terminan a la media noche y otras siguen hasta el amanecer que son de otros países.

Y, ¿cuánto vale?, pregunta el Tío Fermín.

—Mire, si me dan seis ovejas de esas que están ahí, yo me voy bien pagado. Esta radio vale más, pero por ser ustedes, estaría hecho el negocio.

La Mamita Flora, no decía nada, solo sonreía como encantada por aquel aparato que sonaba solo como una victrola, pero que no se le daba cuerda, para eso tenía las pilas.

El Tata Mañuko, reacciona y dice:

—Mire caballero, bonito su embeleco, pero eso no está al alcance de nosotros. Es mucha plata y es más para los pitucos.

La Mamita Flora, reacciona y le pregunta a sus hijos ahí presentes:

—Miguelito, Fermincito, que me dicen, les gustaría tener ese aparato, porque yo tengo guarda'o un dinerito, como el valor de tres ovejas.

El Tío Fermín dice:

—Claro, yo pongo una oveja, y tu Miguel ¿qué dices?

—Comprar no más, yo pongo dos ovejas.

Y se hizo el negocio. El Tata Mañuko, se despidió del Falte, tomó su hacha y se fue a trabajar, con una mueca de cierto disgusto quizás, por la compra que habían hecho, porque no estaba muy inclinado a tener o usar cosas de cierto lujo o valor.

Para la vecindad fue la novedad insospechada en aquellos años, empezaron a llegar las visitas a ver ese extraño aparato que le llamaban radio, que daba a conocer las novedades que sucedían en otras partes del mundo. A esas alturas ya el Tata Mañuko se había convencido de la importancia del aparato y era el primero en encender la radio a las siete de la mañana para saber de las noticias de Chile y del mundo.

El Tío Fermín, se convirtió como en el administrador del radio, para mantenerlo limpio, cambiarles las pilas cuando se agotaban, y servir como de traductor de ciertas palabras que usaban en la radio y que no entendían los demás, y además de comentarista político, científico, musical y deportivo, de lo que sucedía en el mundo. Así le correspondió comentar la muerte del Presidente Kennedy de Estados Unidos, para los que llegaban a saber de esa noticia, que luego se trasladaba a la

chacra, al monte o en la chichería, para seguir la conversación de lo que había informado la radio de la Mamita Flora.

El fútbol, era otro de los temas que interesaba a los vecinos más jóvenes, que llegaban a saber de los partidos de fútbol, de los jugadores, quienes ganaban o perdían. Era obvio que había preferencias por algunos de los equipos de fútbol, a parte de los más conocidos como el Colo—Colo o la Chile, también por el Chaguito Morning, el Naval, Green Cross, y de jugadores, como el Chita Cruz, Chamaco Valdés, Fouilloux y otros que eran nombrados en las conversaciones.

Otra de las grandes novedades fue la llegada del hombre a la luna, y que fue escuchada por muchas personas acurrucadas a la orilla del fogón, donde el Tío Fermín hacía gala de sus conocimientos astronómicos, todo porque a él le encantaba leer libros y diarios, estaba muy bien informado, memorizaba los nombres de los astronautas, como si hubieran sido conocidos o vecinos.

De esta reunión surgían una serie de comentarios, desde la simplicidad de la existencia cotidiana, otras con cierta ironía y las que también expresaban cierto escepticismo, como:

—De a'ónde pa' que lleguen a la luna esos... Pura mentira nomás. Dios que lo va a permitir. Irían a una isla por ahí, y dicen que es la luna.

Otros decían:

—Si tiene que ser fácil llegar a la luna, si Pedro Urdemales, cuando plantó su zapallo, las guías llegaron a la nube más alta dicen, y él se subió por las guías po' hasta arriba. (risas).

—Si los aviones cuando vuelan, pasan cerquita de la luna. Y eso van sobre las nubes, y la luna se ve que está un poquito más allá no ma'.

El Tío Fermín salía con sus argumentos técnicos y científicos que había leído y escuchado por ahí, que los demás poco entendían y no les importaban mucho tampoco al parecer. Solo les importaba la noticia y que al final le daban su propia interpretación de los acontecimientos ocurridos.

Uno de esos días llegó a casa de la Mamita Flora, su vecina Mashkita, ésta era una señora de edad bien avanzada y casi no hablaba castellano, solo *tse sungun*<sup>58</sup>. Tenía un carácter medio agreste, de pocas sonrisas y solo conversaba con las personas de su edad y de su confianza. Se podría decir, en este caso con su ñaña Flora, pero al entrar a la *sruka* escuchó el sonido de la radio que estaba encendida. Se paró en la puerta y no quiso entrar, y le dijo a su vecina.

—Oye Flora, ¿qué es esa brujería que suena ahí?

—Naaaa. Esa es una radio que habla de noticias del mundo y da música Ñañita.

Le dice la Mamita Flora y le explica en su idioma esa tecnología, pero la Mashkita, no entendía nada, y le sale con la pregunta:

—Pero ¿cómo ese hombre está hablando adentro de esa cajita tan chica? ¡Pura brujería no ma'!

La Mamita Flora se reía no más, sin poder convencer con su explicación a su vecina de esa tecnología desconocida, que era un cajoncito por donde hablaba un hombre con una tremenda voz y luego tocaba música, y una música extraña además.

La Mamita Flora con la Ñaña Mercedes eran muy amigas, se visitaban permanentemente. Y en las cosechas y en las siembras, ahí estaban ellas las dos trabajando en el rancho de comida, y conversaban de mil cosas. Nunca discutían o estaban en desacuerdo, su conversación se tornaba siempre en un sentido positivo, aun de aquellos asuntos contradictorios.

Un día le tuve que comprar una guitarra a don Manuel Naipil, después de rogarle un buen tiempo, me dijo:

—Si estás interesado en la guitarra, te va costar tres gallinas bonitas y gordas, y que sean ponedoras. Si no, no hay trato.

Don Manuel, no era una persona afable, de carácter hosco, de malas pulgas y de pocas palabras. Y yo le había pedido su guitarra y

---

58.— Tse sugun o che sugun, variante lingüística del idioma mapuche, hablada por los williche.

me la prestó. No sé cómo, pero fue así, y cuando la fui a devolver, le pregunté si no vendía la guitarra, porque yo estaba muy interesado.

—Esta guitarra no la vendo a naiden, porque la tengo desde hace muchos años, y me costó una vaquilla.

Bueno, yo apenas tenía una gallina, las demás eran de mi madre. Lejana estaba la idea de comprar una guitarra con lo que me dijo don Manuel, que era tocayo de mi Tata Mañuko. Pero me puse valiente, y le dije:

—Pero si la vendiera ahora, ¿cuánto cobraría?

Porque la guitarra ya estaba media viejita. Me miró de arriba abajo, como diciendo, este pobre gallo no tiene de adonde para comprar una guitarra.

—Y volvió a decirme, la guitarra no la vendo ni por nada, así que no hay negocio pa' esa.

Así es que me despedí y le agradecí por habérsela prestado por lo menos, y que había aprendido algo a tocar.

Ya llevaba como uno diez metros de su casa cuando me llamó:

—A ver dijiste que habías aprendido algo a tocar en la guitarra. A ver quiero ver.

Tome la guitarra y trate de tocar algunos acordes que había aprendido, y de ahí me la quitó y él empezó a tocar y a tocar un buen rato y yo lo miraba hipnotizado. Lo hizo hasta que se cansó y se agotó su repertorio, sólo tocaba no cantaba. Eso creo.

Luego solo miro, la palpó como si fuera la primera vez que la tenía, y ahí me dijo:

—La quieres comprar. Si estás interesado en la guitarra, te va costar tres gallinas bonitas y gordas, y que sean ponedoras. Si no, no hay trato.

—Ya gracias don Manuel, y ¿cuándo vengo?

—Cuando traigas las gallinas po'.

Salí disparado de su casa, no pisaba en el suelo, corría y subía por los cortes de los caminos, hasta que llegué a mi casa. Pero no me fue

bien, mi madre dice que pa' esas cosas no están las gallinas. Se me vino el mundo abajo, solo tenía una gallina, me faltaban dos.

Una tarde fui donde la Mamita Flora y por esas coincidencias de la vida, estaba de visita la Ñaña Meche. Le conté de mi idea de comprar una guitarra y que me lo vendía don Manuel por tres gallinas, pero que me faltaban dos. Ellas dos se rieron como si les hubiera contado un chiste. No sé si por la idea de comprar la guitarra o era por el vendedor, por la fama que tenía de ser una persona poco sociable, y más encima que me cobrara solo tres gallinas. Luego la Mamita Flora, me dice:

—Yo te doy una gallina, esa colora' que anda por ahí. Es bien poné' ora y grande.

La Ñaña Meche, no se queda atrás y me dice:

—Mañana puedes ir a mi casa y te doy la otra gallina que te falta, pa' que compres tu guitarra.

A esas alturas no cabía de felicidad, porque tenía más cerca la posibilidad de tener una guitarra. Pero la ansiedad era tal que no dormí esa noche. Tenía que juntar las gallinas y luego ir a buscar la guitarra. Reuní las aves y me fui a la casa de Don Manuel, pero no estaba. El vivía solo. Esperé, esperé pero no aparecía por ningún lado, hasta que bien tarde apareció desde una pampa vecina, a tranco lento y más cuando me vio, más se demoraba. Hasta que llegó a su casa donde yo estaba esperando.

—¿Qué haces aquí? — Me dijo.

—Bueno, don Manuel, he traído las gallinas pa' comprar la guitarra. —Le dije—.

No dijo nada más, entró a su casa y se demoró en salir. Para mí esos minutos fueron eternos. De tanto salió y se fue directo a ver las gallinas. Las tomó y les tanteo una y otra vez. Luego me dice:

—La gallina negra, está flaca. Las otras están bonitas.

Pensé que podía arrepentirse del negocio, pero agarró las gallinas y las soltó adentro de un corral, luego fue adentro de su casa y volvió con la guitarra. Me la pasó y dijo:

—Hemos hecho negocio. Que aprendas a tocar bien no más, no lo vas a dejar bot'a.

Me dijo finalmente y me pasó la mano despidiéndose, y se fue por la pampa de donde había llegado. Lo quedé mirando un rato. Enseguida reaccioné y tome el camino de regreso a casa, con la guitarra en los brazos, abrazada como si fuera un gran tesoro, gracias al apoyo de la Ñaña Mercedes y la Mamita Flora.

Un día la Mamita Flora se enfermó de repente. Yo la visité esa mañana y ella se veía muy bien y conversamos un buen rato. Yo le conté que estaba haciendo un agregado en mi casa para hacer un pequeño almacén y vender mercaderías como azúcar, yerba, sal y tarros de salmón. Muy entusiasmada me dijo:

—Te llevas esas tablas que están ahí afuera para que hagas tu agregado, para tu pequeño despacho<sup>59</sup>, qué estás haciendo.

—Gracias Mamita.

Le dije entonces, por su aporte a mi pequeño emprendimiento, que estaba haciendo.

Luego me fui a casa. ¡Ah! una cosa que me llamó la atención esa vez, aunque no le dije a nadie, era que se habían secado unos cerezos que estaban cerca de la casa y también estaban marchitas sus frambuesas, que eran tan productivas donde sacaba tarros de frutas para vender y hacer mermelada.

A eso de las ocho de la tarde, llegó el Tío Miguel, y nos dice con voz entrecortada:

—La Mamita se murió...

Quedamos largo rato en silencio, luego nuestra reacción:

—Pero ¿cómo? si ella estaba bien en la mañana. Decía yo.

Fue un duro golpe para todos nosotros, principalmente para mi madre, porque compartían mucho y se querían mucho. Nunca hablo de estar enferma.

---

59.— Despacho: antiguamente se le decía a un pequeño mercado.

El Tío Miguel, dice:

—Sintió un dolor en la tarde, de ahí dijo que iba a dormir un poco... Y no despertó más.

Con el fallecimiento de la Mamita Flora, no solo se fue ella, también se fueron sus flores, hortalizas, sus guindos y cerezos, hasta sus gallinas. La sruka parecía solitaria y distante, los cercos de los huertos comenzaron a caer. La soledad y la nostalgia habían llegado para quedarse, aunque los hombres seguían trabajando igual, pero no fue lo mismo. Faltaba la gestión motora principal que otorgaba esa pequeña figura de mujer de edad indefinida de la Mamita Flora.

El Tata Mañuko, también lo fue consumiendo el tiempo y la soledad, aunque no era un hombre que expresara tristeza y aunque tenía la compañía de sus hijos, no era lo mismo. Ya en sus últimos días igual tomaba su azadón y se iba a la chacra conversando solo, no era tiempo de picar la tierra, pero ya su mente solo elucubraba situaciones ficticias y con personajes también ficticios.

Con la marcha del Tata Mañuko y la Mamita Flora, a las tierras de sus antepasados, dejaron un legado disipado en recuerdos de una época de bonanza, desde la sencillez de su existencia, pero plenas de apegos y sentimientos, que también se fueron junto con sus actores principales a la *mapu* de los recuerdos.

Esta edición de  
*Las vivencias del Tata Mañuko y la Mamita Flora,*  
de Ponciano Rumián, se terminó de imprimir  
en el mes de octubre de 2020  
Santiago de  
Chile.



